COLECCION UNIVERSAL

N.os 765 y 766

CHRISTIAN FRIEDRICH HEBBEL

Herodes y Mariene

TRAGEDIA

Precio: Una peseta

MADRID, 1923

Christian Friedrich Hebbel

—

HERODES Y MARIENE

TRAGEDIA

MCMXXIII

Papel expresamente fabricado por La Papelera Española.

CHRISTIAN FRIEDRICH HEBBEL

Herodes y Mariene

TRAGEDIA

La traducción del alemán ha
sido hecha por R. M. Tenreiro

C·A·L·P·E·

MADRID, 1923

Talleres "Calpe", Larra, 6 y 8.—MADRID

El arte es para Hebbel suprema misión de las que tiene que realizar el hombre sobre la tierra; encarnación en formas intuíbles del infinito arcano del ser. «Pensar y expresar en imágenes—dice el poeta —son las dos especies de la revelación.» «El arte es la filosofía realizada.»

Cima del arte, a juicio suyo, como al de Schopenhauer, es la obra dramática, que por su fondo y forma viene a ser plástica expresión del universal conflicto de la vida. Por eso consagró al drama sus mayores y más puros afanes, y las producciones teatrales figuran en primer término en la obra total de Christian Friedrich Hebbel.

En las tragedias hebbelianas, como en la vida misma, superpónense los motivos dramáticos. Primeramente, cada uno de los temas trágicos que el autor escoge viene a ser imagen simbólica de un conflicto fundamental de la vida, encarnación de una de las capitales leyes de la existencia a que está sometido el vivir de todo hombre en cualquier circunstancia y tiempo.

El poeta sitúa sus creaciones dramáticas en alguno de los grandes momentos y lugares históricos en que pugnan entre sí violentamente las más opuestas concepciones del universo: las de naciones y razas distintas, las del pasado y las del futuro: uno de esos puntos y horas en que cambia de rumbo la Humani-

dad; los principios que han de ser rectores del porvenir combaten con los que han gobernado hasta entonces la existencia del hombre, y de un caos de sangre y lágrimas surge un mundo nuevo. Como fondo del trágico caso que se desarrolla entre las figuras que ocupan la escena, y prestándole inmensa resonancia, diseña Hebbel los rasgos fundamentales de uno de los universales conflictos de la historia.

Pero no sólo en este vasto panorama histórico y en la acción que se desenvuelve a nuestra vista entre las personas dramáticas, que siempre se nos muestran en gigantescas contorsiones como figuras de Miguel Angel, encontramos la pugna trágica. Cada conciencia es a su vez escenario donde combaten violentamente las pasiones más adversas, y la tragedia «bajo los cráneos» acompaña y dirige a la que ven nuestros ojos sobre las tablas del teatro.

Bien manifiesto es todo ello en HERODES Y MARIENE, *primera de las grandes tragedias históricas de Hebbel, escrita en Viena entre* 1847 *y* 1849, *estrenada sin éxito en el Hofburgtheater de esta capital en abril del propio año y publicada en* 1850.

Su siniestro asunto está literalmente tomado de un episodio que refiere el historiador judío Flavio Josefo, asunto que ya desde el Renacimiento vino inspirando multitud de obras dramáticas en todas las literaturas cultas, como, por ejemplo, El mayor monstruo, los celos, *el famoso drama de nuestro Calderón. Hebbel se ajusta con el mayor rigor a los sombríos datos históricos que consigna Josefo; pero se esfuerza por poner bajo ellos una sólida motivación psicológica, pres-*

tando así a sus personas dramáticas una fisonomía espiritual que en el historiador no tienen.

En su aspecto fundamental, esta lúgubre producción hebbeliana es la tragedia de la invencible soledad de las almas y de la incomprensión fundamental de los dos sexos: «Vivir—dice Hebbel en uno de los aforismos de su Diario*—es estar íntimamente solitario.» Sus dos protagonistas, aunque se amen con tal intensidad que en el tetrarca llega hasta la locura, no logran romper los impenetrables muros que mantienen cautivo a cada uno de ellos en su propio «castillo interior»; incapaces de fundir en una sus enamoradas almas, viven juntos sin lograr comprenderse, sufriendo cruelmente de una mala inteligencia que le cuesta la vida a uno de ellos y casi la razón al otro.*

En torno a esta fosca historia de amor y muerte, prestándole los motivos secundarios que encaminan su complicada marcha hacia la catástrofe final, vemos desarrollarse la lucha entre las opuestas tendencias ideales y políticas que se combaten en aquel país y aquel tiempo: embozadamente ataca a Herodes, fundador de su dinastía, su suegra Alejandra, que querría restaurar sobre Israel el señorío de los Macabeos; el indomable espíritu religioso y nacional del pueblo judío, celosísimo guardador de las sagradas leyes que rigen su vida, defiéndese rudamente frente a Herodes, esprit fort *del tiempo a pesar de su barbarie de tirano oriental, que desea introducir en la «atrasada» Jerusalén los usos de Roma; Marco Antonio y Augusto contienden cruentamente por el imperio del mundo; al bestial despotismo que esclaviza a la Humanidad,*

convirtiendo a los hombres en cosas totalmente sometidas al caprichoso arbitrio del señor, opónese en Mariene y Soemo un estoico sentimiento de la dignidad humana, y por encima de aquella espeluznante charca de sangre y vileza, en que verbenean los crímenes más horrendos, alza su luz purísima la estrella que guía a los Reyes Magos hasta Belén, donde, en un pesebre, nace por entonces quien ha de dar a la corrompida sociedad humana la eterna enseñanza del origen divino y de la fraternidad de todos los hombres.

Dentro de los atormentados espíritus de Herodes y Mariene lidian también ferozmente complejísimos sentimientos y pasiones: amor, orgullo, celos, ahondan cada vez más profundamente la división entre sus almas, hasta que llegan a estar separadas por abismos que sólo logran ser colmados por la muerte.

R. M. T.

HERODES Y MARIENE

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

PERSONAS

El rey Herodes.
Mariene, *su esposa.*
Alejandra, *madre de Mariene.*
Salomé, *hermana del rey.*
Soemo, *gobernador de Galilea.*
José, *virrey en ausencia de Herodes.*
Sameas, *fariseo.*
Tito, *capitán romano.*
Joab, *mensajero.*
Judas, *capitán judío.*
Artajerjes, Moisés, Jehú *y otros esclavos.*
Silo, *ciudadano.*
Serubabel *y su hijo* Filo, *galileos.*
Un Mensajero *romano.*
Aarón *y otros cinco jueces.*
Tres reyes *de Oriente, llamados después los Santos Reyes por la Iglesia Cristiana.*

Lugar de la acción: Jerusalén.
Tiempo: el del nacimiento de Cristo.

ACTO PRIMERO

Castillo de Sión. Gran sala de audiencia.

ESCENA PRIMERA

JOAB, SAMEAS, SERUBABEL *y su hijo*, TITO, JUDAS *y otros muchos. Entra* HERODES.

JOAB

(Saliendo al encuentro del rey.) ¡Aquí estoy ya!

HERODES

Te hablaré después. ¡Lo más importante, primero!

JOAB

(Retrocediendo. Aparte.) ¡Lo más importante! ¡Creí que lo sería averiguar si aun se encuentra segura nuestra cabeza!

HERODES

(Llama a JUDAS *con una seña.)* ¿Qué hay del incendio?

JUDAS

¡Del incendio! ¿Entonces sabes ya lo que vengo a anunciarte?

HERODES

Estalló a media noche. Fuí el primero que lo advirtió y quien llamó a la guardia. Si no me equivoco, te desperté a ti mismo.

JUDAS

Queda extinguido. *(Aparte.)* Por lo tanto, es cierto que vaga disfrazado por las callejuelas cuando los otros duermen. Cuidado con la lengua, no vayan acaso a dar en su oído nuestras palabras.

HERODES

Cuando estaba ya todo envuelto en llamas, por una ventana de una casa vi una mujer moza que parecía como fuera de sí. ¿La salvasteis?

JUDAS

¡No quiso!

HERODES

¿No quiso?

JUDAS

¡Vive Dios! Se resistió cuando pretendimos sacarla a la fuerza; golpeó a su alrededor con pies y manos; aferróse al lecho en que se hallaba, gritando que precisamente iba a darse muerte por su

propia mano cuando venía a su encuentro aquella muerte casual.

HERODES

Acaso estaría loca.

JUDAS

Es muy posible que su dolor la hubiera enloquecido. Su marido había muerto momentos antes; el cadáver, tibio aún, yacía en el lecho.

HERODES

(Aparte.) Quiero contárselo a Mariene y mirarla a los ojos al hacerlo. *(En voz alta.)* ¿No ha tenido ningún hijo esa mujer? Si lo tuvo, yo me encargo de él. En cuanto a ella, ha de ser sepultada ricamente y al igual de los príncipes. ¡Acaso fué la reina de las mujeres!

SAMEAS

(Aproxímase a HERODES.) ¿Ser sepultada? ¡Imposible! ¡Por lo menos, no en Jerusalén! Está escrito...

HERODES

¿Te conozco yo acaso?

SAMEAS

Bien me conociste en otro tiempo: fuí lengua del Sanedrín cuando enmudeció ante ti.

HERODES

Espero, por lo tanto, que tú también me conoces, Sameas. Perseguiste duramente al mancebo, y con gusto hubieras hecho de su cabeza regalo para el verdugo. El adulto y el rey olvidaron lo que hiciste; aun llevas la tuya sobre tu cuello.

SAMEAS

Si porque tú me la dejes no debo yo usar de ella, ya puedes cortármela: aquello fuera peor que perderla.

HERODES

¿Por qué motivo vienes? Jamás te he visto entre estos muros antes de ahora.

SAMEAS

Justamente por eso me ves hoy. Acaso hayas creído que te tengo miedo. No te temo. Ni aun en este momento en que aprendieron a temerte algunos que no te temían hasta ahora, quiero decir, hasta la muerte de Aristóbulo. Y ya que se me presenta la ocasión de mostrarte que soy agradecido, la aprovecho y te amonesto gravemente para que no ejecutes una acción que el Señor condena. Los huesos de esa mujer están malditos; paganamente se resistió a ser salvada, y es como si se hubiera dado muerte a sí misma y como...

HERODES

¡Te oiré otra vez! *(A* SERUBABEL.) ¡Un galileo! El propio Serubabel, que me... ¡Te saludo! Tú mismo eres culpable si sólo ahora te he visto.

SERUBABEL

Es mucho honor para mí que me conozcas. *(Señalándose a la boca.)* Seguramente estos dos grandes colmillos, que me hacen pariente de un jabalí...

HERODES

Antes me olvidaría de mi propio semblante que del del hombre que me sirvió fielmente. Cuando en vuestro país di caza a los bandidos, fuiste mi mejor sabueso. ¿Qué me traes ahora?

SERUBABEL

(Llamando con un gesto a su hijo.) No gran cosa, señor: a Filo, mi hijo. Necesitas soldados, yo a ninguno; y éste es un romano que por error fué echado al mundo por una mujer hebrea.

HERODES

De Galilea no me viene nada que no sea bueno. Te haré llamar después. (SERUBABEL *se retira con su hijo.)*

TITO

(Adelantándose.) Una impostura que descubrí me obliga...

HERODES

¡Manifiéstala!

TITO

¡Los mudos hablan!

HERODES

¡Explícate!

TITO

El soldado que con uno de mis centuriones te guardó la noche última en tu dormitorio...

HERODES

(Aparte.) Alejandra, mi suegra, lo trajo a mi servicio...

TITO

No es mudo, como parece creer de él todo el mundo; en sueños. habló y maldijo.

HERODES

¿En sueños?

TITO

Se había dormido de pie; mi centurión no lo despertó; no creyó estar obligado a ello, porque el otro no sirve en la cohorte; sin embargo, no apartaba de él la vista, para sostenerlo si se cayera, para que no te molestara, pues aun era temprano y tú dormías. Estaba en esto, cuando de pronto el mudo comenzó a barbotar, pronunció tu nombre y añadió la maldición más horrenda.

HERODES

¿No se habrá engañado el centurión?

TITO

Entonces él mismo tendría que estar dormido, y eso sería peor presagio del porvenir de la Ciudad Eterna que aquel rayo que hirió hace poco a la loba del Capitolio.

HERODES

¡Te doy las gracias! Y ahora... *(Despide a todos menos a* JOAB.) ¡Sí! ¡Así está todo! Traición en la propia casa; franca rebeldía en el populacho fariseo, más osado porque de ningún modo puedo castigarle si no quiero hacer mártires de locos; entre los galileos, algún amor; no, egoísta adhesión, porque soy el fantasma de brillante espada que desde lejos espanta a su canalla; y... De fijo que este hombre me trae una mala embajada; tenía demasiada prisa para comunicármela, pues hasta él, aunque sea mi propio siervo, hace con gusto lo que me enoja, sólo con que sepa que tengo que hacer como si no lo notara. *(A* JOAB.) ¿Qué hay por Alejandría?

JOAB

Hablé con Antonio.

HERODES

¡Raro comienzo! ¿Hablaste con Antonio? Estoy

acostumbrado a que sean recibidos mis emisarios; tú eres el primero que encuentra necesario asegurarme que logró serlo.

JOAB

¡Trabajo me costó! Se me rechazó tenazmente.

HERODES

(Aparte.) Por lo tanto, aun está mejor con Octavio de lo que yo creía. *(En voz alta.)* Eso demuestra que no elegiste la hora propicia.

JOAB

Elegí cada una de las de que se compone el día; hicieran lo que quisieran, ni una sola vez me retiré de mi puesto cuando los soldados me ofrecían algún bocado, y como yo los desairara, se mofaban diciendo: «No come sino lo que ha sido probado antes por el gato y lo que el perro despedazó con sus quijadas.» Por último logré...

HERODES

Lo que otro más avisado habría logrado en seguida.

JOAB

Llegar a su presencia. Mas ya era noche, y tuve que creer al principio que me había hecho llamar para proseguir la chanza de los burlones soldados, pues al entrar me encontré con un círculo de bebe-

dores tendidos en triclinios; él mismo me llenó una copa y me gritó: «¡Bébela a mi salud!» Y como me negué cortésmente a ello, dijo él entonces: «Si quisiera matarle, sólo necesitaba traerle a mi mesa durante ocho días y poner en ella el tributo que me rinden la tierra y los mares: él se mantendría inmóvil, muerto de hambre, y aun al perecer de inanición juraría que estaba ahito.»

HERODES

Sí, sí; bien nos conocen. Eso tiene que cambiar. Lo que Moisés, si es que no estaba loco, ordenó, puramente para proteger a este pueblo de que recayera en el culto del becerro de oro, lo cumplen como si tuviera un fin en sí, y se parecen al enfermo que después de la curación aun siguiera usando el remedio que le curó, como si fueran la misma cosa medicina y sustento. Eso debe... ¡Prosigue!

JOAB

Sin embargo, pronto me persuadí de que me engañaba, pues bebiendo arreglaba todos los asuntos de Estado, nombraba magistrados, disponía el sacrificio a Zeus, escuchaba augurios y hablaba a los mensajeros según iban llegando, no a mí solamente. Resultaba extraño. Un esclavo estaba de pie, a sus espaldas, con el oído aguzado, tableta y estilete en las manos, y anotaba con ridícula gravedad lo que se le ocurría al señor en su embriaguez. Según supe, lee después la tabla, a la maña-

na siguiente, en los dejos de su borrachera, y con tal fidelidad se ajusta a su contenido, que no ha mucho tiempo debe de haber jurado que se estrangularía con sus propias manos si una noche, en su beodez, hubiera regalado el mundo que le pertenece sin reservarse derecho a un sitio en él. No sé si entonces se tambalea también como por la noche cuando busca su lecho; pero me figuro que lo uno se parecerá del todo a lo otro.

HERODES

¡Vencerás, Octaviano! Sólo cabe discutir si más pronto o más tarde. ¿Y después?

JOAB

Por último, cuando llegó mi turno y le tendí la carta que llevaba para él, en vez de abrirla se la arrojó despreciativamente a su escriba y mandó a su tesorero que le trajera un retrato; debía yo contemplarlo y decirle si lo encontraba o no parecido.

HERODES

Y era el retrato de...

JOAB

(Con malicia.) De Aristóbulo, el Sumo Sacerdote que se ahogó tan rápidamente. Ya largo tiempo atrás le había sido enviado por Alejandra, tu suegra, que anda en tratos con él; pero él lo devo-

raba anhelante con la vista, como si nunca lo hubiera contemplado. Yo estaba confuso y silencioso. Al verlo, dijo él: «¡Las lámparas alumbran mal!» Cogió tu carta, prendióla fuego y la hizo llamear lentamente delante del retrato como si hubiera sido una hoja en blanco.

HERODES

¡Qué osadía! ¡Hasta por él! Pero... estando embriagado.

JOAB

Grité: «¿Qué haces? ¡Aun no la has leído!» El replicó: «Quiero hablar con Herodes. Eso significa lo que hago. Está acusado ante mí de gravísima culpa.» Entonces tuve que decir cómo había muerto el Sumo Sacerdote. Y como refiriera que al bañarse le había dado un vahido, me interrumpió diciendo: «¡Dado! Sí, sí; ésa es la palabra exacta; el vahido tenía puños.» Y así supe (me perdonarás que te lo comunique), así supe que no se cree en Roma que el mancebo se haya ahogado, sino que te acusan de haberle hecho asfixiar en el profundo río por medio de tus servidores.

HERODES

¡Gracias, Alejandra, gracias!

JOAB

Entonces mandó que me retirara, y me fuí; pero me volvió a llamar otra vez y dijo: «Aun me debes

respuesta a mi primera pregunta; por eso la repito: ¿Se parece al muerto este retrato?» Y como yo asintiera forzadamente, añadió: «¿También se parece Mariene a su hermano? ¿Es tan hermosa que no hay mujer que no la odie?»

HERODES

¿Y tú?

JOAB

Escucha antes lo que decían los otros que se habían levantado y rodeaban conmigo el retrato. Cambiando maliciosas señas con Antonio, exclamaban entre risas: «¡Dí que sí! Si alguna vez te favoreció el muerto, lo verás vengado de su desgracia.» Pero yo dije que nada sabía de ello, pues jamás, como es verdad, había visto sin velos a la reina.

HERODES

(Aparte.) ¡Ah! ¡Mariene! Pero... ¡no importa! ¡Bien sabré protegerme de un modo u otro, ocurra lo que quiera! *(A* Joab.*)* ¿Y qué recado te dió para mí?

JOAB

¡Ninguno en absoluto! Si hubiera tenido un encargo no te habría contado todo esto. En el caso actual me pareció necesario.

HERODES

¡Está bien! Volverás en seguida conmigo a Ale-

jandría y no puedes salir del castillo mientras tanto.

JOAB

Tampoco hablaré con nadie en el castillo.

HERODES

¡Lo creo muy bien! ¿Quién muere en cruz por su gusto, y en especial cuando maduran los higos? Que agarroten a mi mudo, y si pregunta por qué, se le dirá: «¡Porque preguntas!» *(Aparte.)* Ahora ya sé yo por quién la vieja serpiente supo tan a menudo lo que yo... ¡Maldita mujer! *(A* Joab.) ¡Cuida de ello! Tengo que ver la cabeza antes de marchar; quiero enviársela a mi suegra. *(Aparte.)* Necesita una advertencia, según parece.

JOAB

Al momento.

HERODES

¡Aun otra cosa! El mozo galileo, hijo de Serubabel, entra en su puesto. También a él quiero hablarle antes de que nos marchemos. *(Vase* Joab.)

ESCENA II

HERODES, *solo*

¡Bueno! ¡Pues sea! ¡Aun otra vez! Pronto queda dicho, pero no descubro término. Me parezco al

hombre de la fábula a quien atacan por delante el león, por detrás el tigre; a quien amenazan desde lo alto los buitres con picos y garras y que pone sus pies en un montón de serpientes. ¡Es igual! Me defenderé lo mejor que pueda y contra cada enemigo con sus armas; sea esto desde ahora regla y ley para mí. No debe preocuparme cuánto tiempo durará, con tal de que me sostenga hasta el fin y no pierda nada que haya llamado mío. ¡Venga ese fin tan pronto como quiera!

ESCENA III

UN SERVIDOR

(Entrando.) ¡La reina! (MARIENE *entra tras él.)*

HERODES

(Avanza a su encuentro.) ¡Te me adelantas! Quería ir...

MARIENE

¡Pero no a recoger en persona las gracias por tus soberbias perlas! Te rechacé dos veces; probar de nuevo si se había mudado mi voluntad habría ya sido mucho en un hombre común, y en un rey era, sin duda, excesivo. ¡Oh! ¡No! Conozco mi deber, y ya que tú desde la repentina muerte de mi animoso hermano me obsequias cada día tan ricamente como si me cortejaras de nuevo, vengo por fin a ti y te muestro que soy agradecida.

HERODES

¡Bien lo veo!

MARIENE

Verdaderamente no sé lo que te propones conmigo. Por mí mandas al buzo que baje al oscuro mar, y si no se encuentra nadie que quiera perturbar la paz del leviatán por brillante recompensa, abres tus cárceles y perdonas la vida al bandido a fin de que te pesque perlas para mí.

HERODES

¿Y te parece mal hecho? También hice descender de la cruz al asesino cuando se trataba de salvar a un niño de un incendio, y le dije: «Si se lo devuelves a su madre, es para mí como si hubieras pagado tu deuda con la muerte.» Se precipitó dentro...

MARIENE

¿Y volvió a salir?

HERODES

¡Era demasiado tarde! Si no, hubiera cumplido mi palabra y lo habría enviado como soldado a Roma, donde necesitan tigres. Todo se debe aprovechar, pienso yo, ¿y por qué no las vidas de los condenados a perderlas? Llegan casos en que puede necesitárselas.

MARIENE

(Aparte.) ¡Oh! ¡Si no tuviera las manos ensan-

grentadas...! ¡No le diré nada! Pues sea lo que sea lo que haya hecho, dicho por él ya parece justo, y sería espantoso que me obligara a encontrar necesario, inevitable, el fratricidio como las otras cosas.

HERODES

¿Te callas?

MARIENE

¿Es que debo hablar? ¡Sin duda de perlas! Hasta ahora sólo hablamos de perlas; de perlas que son tan puras y tan blancas que ni en manos ensangrentadas pierden su claro resplandor. Las amontonas en torno a mí.

HERODES

¿Te enoja?

MARIENE

A mí no. En modo alguno puedes querer por tal medio que quede pagada una deuda, y me parece que como mujer y como reina tengo pleno derecho a perlas y joyas. Puedo, como Cleopatra, decir de la piedra preciosa: «Es mi esclava, a la que puedo perdonar que tan mal substituya sobre mi pecho a la estrella, ya que en tanto sobrepuja a la flor para ello.» Pero tienes una hermana: Salomé...

HERODES

¿Qué?...

MARIENE

Si debe asesinarme, basta con que prosigas sa-

queando para mí los mares; si no.., dale por fin descanso al buzo. ¡Bastantes son ya mis culpas ante los ojos de Salomé! ¿Me miras con duda? ¡Vamos! ¡Vamos! Cuando hace un año estuve en trance de muerte, entonces me dió un beso. Fué la primera y la única vez. Pensé en seguida: «Esta es tu recompensa porque te vas de aquí.» Así era en efecto. Pero la engañé, porque recobré la salud. Ahora tengo de balde su beso, y ella no lo olvida. Temo mucho que pudiera volver a pensar en eso si la visitara llevando en torno al cuello las maravillosas perlas con que últimamente me has mostrado cuánto me amas.

HERODES

(Aparte.) Sólo falta ya que mi mano izquierda se vuelva contra la derecha.

MARIENE

¡Por lo menos rechazaría la copa de bienvenida! Y aunque en lugar de vino especiado me presentaran inocente agua en un cristal, hasta a esa agua dejaría de tocarla. Verdad que esto no significa nada. ¡No! ¡Sería tan natural! Pues el agua ya no es a mis ojos lo que ha sido antes: un manso elemento que nutre a las flores y me sirve de refrigerio a mí como a todos. Me da escalofríos y me llena de espanto desde que me ha devorado a mi hermano. Siempre pienso: «En la gota habita la vida; mas en la onda, la amarga muerte.» A ti tiene que ocurrirte muy otra cosa.

HERODES

¿Por qué?

MARIENE

Por que eres calumniado por un río que se atreve a imputarte su propia acción cruel y traidora. Mas no lo temas: yo lo desmiento.

HERODES

¿De verdad?

MARIENE

¡Puedo hacerlo! Amar a la hermana y matar al hermano, ¿cómo podría unirse eso?

HERODES

Sin embargo, quién sabe... Si el tal hermano maquinara muertes y sólo anticipándose, ganándole la mano, fuera posible sostenerse... Sólo hablamos de lo posible. Y aun más... Si él, aunque en verdad sin malicia, se dejara convertir en arma por manos enemigas; en arma que tenía que herir mortalmente si no se la destrozaba antcs de que fuera blandida... Sólo hablamos de lo posible. Y, finalmente, si esta arma no amenazara a una cabeza aislada, sino a la de un pueblo; una cabeza que es más necesaria a aquel pueblo que a ningún tronco la suya. Hablamos de lo posible; pero pienso que en todos estos casos, la hermana, por el debido amor al marido como mujer, por sagrado deber como hija de su pueblo, y por ambas cosas como reina, tendrá que decir: «¡Ha ocurrido lo que no me es

dado condenar!» *(Coge una mano de* MARIENE.) Si una Ruth no podría comprenderme (¿cómo lo habría aprendido rebuscando espigas?), la hija de los Macabeos me entenderá. No me pudiste besar en Jericó; podrás hacerlo en Jerusalén. *(La besa.)* Y aunque debieras arrepentirte del beso, oye lo que te reconciliará conmigo: te lo he dado como despedida, y esta despedida puede ser para siempre.

MARIENE

¿Para siempre?

HERODES

Sí. Antonio me manda llamar, pero no sé si también me mandará volver.

MARIENE

¿No lo sabes?

HERODES

Porque no sé con qué gravedad mi... tu madre me ha acusado ante él. (MARIENE *quiere hablar.)* ¡Lo mismo da! ¡Ya lo sabré! Una sola cosa tengo que oír de tus labios; tengo que oír si me he de defender y de qué modo.

MARIENE

¿Si te has de...?

HERODES

¡Oh Mariene! ¡No preguntes! Conoces el hechizo que me enlaza contigo; sabes que cada día se fortalece aún más; hasta tienes que comprender que

ahora ya no puedo luchar en defensa mía si tú no me aseguras que tu corazón palpita aún por mí. ¡Oh! Díme cómo, si inflamado o glacial; entonces te diré si Antonio me llamará hermano o me condenará a morir de hambre en el calabozo subterráneo donde pereció Yugurta. ¿Guardas silencio? ¡Oh! ¡No lo hagas! Bien comprendo que esta confesión no es propia de un rey; un rey no debería someterse a la suerte común de la Humanidad; no debería en su interior estar ligado a ningún ser fuera de sí mismo; sólo debería estarlo a Dios. ¡Yo no soy así! Cuando hace un año estuviste a punto de morir, pensé en matarme sólo para no ser testigo de tu muerte, y... ¡Ya que sabes esto, sabe también otra cosa! Si alguna vez estuviera yo mismo a punto de morir, sería capaz de hacer lo que esperaste de Salomé: sería capaz de mezclar un veneno con vino y de dártelo para estar seguro de ti hasta en la muerte.

MARIENE

¡Si lo hicieras, quedarías sano!

HERODES

¡Oh, no! ¡Oh, no! ¡Lo compartiría contigo! Pero díme, ¿podrías tú perdonar un exceso de amor como sería éste?

MARIENE

Si después de tal bebida aun tenía aliento aunque no fuera mas que para una última palabra, te mal-

deciría con ella. *(Aparte.)* Sí; tanto más pronto lo haría, cuanto más seguro es que si la muerte te llamara, en mi dolor llegaría a dirigir el puñal contra mí: eso puedo hacerlo, pero no sufrirlo.

HERODES

En el incendio de esta noche, una mujer se quemó con el cadáver de su marido; quisieron salvarla, pero se resistió. Desprecias a esa mujer, ¿no es verdad?

MARIENE

¿Quién te lo ha dicho? No se dejó tratar como bestia de sacrificio; se ha sacrificado a sí misma, lo que muestra que el muerto era más que el mundo para ella.

HERODES

¿Y tú? ¿Y yo?

MARIENE

Si a ti te es lícito decirte que yo equivalgo al mundo para ti, faltando tú, ¿qué es lo que podría detenerme aún en el mundo?

HERODES

¡El mundo! El mundo tiene aún muchos reyes y ninguno entre ellos que no compartiera contigo la corona, que por ti no abandonara a la novia y repudiara a la esposa aunque fuera en la mañana después de las bodas.

MARIENE

¿Se ha muerto Cleopatra para que hables así?

HERODES

Eres tan hermosa que todo el que te ve tiene que creer en la inmortalidad con que se agasajan los fariseos, pues nadie comprende que alguna vez pueda extinguirse en él tu imagen; tan hermosa, que no me maravillaría que de repente las montañas me proveyeran, para adornarte, de un metal más noble que el oro y que la plata que hubieran reservado hasta que vinieras tú; tan hermosa, que... ¡Ah! Y saber que puedes morirte tan pronto como muera otro; morirte de amor, para correr tras el que te precede y mezclarte con él, como un último aliento con un último aliento, en una esfera en que se es y ya no se es (así es como yo me lo imagino); eso sería digno de una muerte voluntaria; eso se llama encontrar un hechizo aun más allá de la tumba donde mora el espanto. Mariene, ¿me es lícito esperar esto, o tengo que temer que tú...? Antonio ha preguntado ya por ti.

MARIENE

No se suscribe un compromiso sobre hechos, y mucho menos aún sobre dolores y sacrificios, que es cierto que pueden ser causados por la desesperación, pero nunca exigidos por el amor.

HERODES

¡Adiós!

MARIENE

¡Adiós! ¡Sé que regresarás! ¡Nadie te matará sino aquél! *(Señalando al cielo.)*

HERODES

¿Tan escaso el temor?

MARIENE

¡Tan grande la confianza!

HERODES

¡El amor tiembla! ¡Tiembla hasta en un pecho de héroe!

MARIENE

¡El mío no tiembla!

HERODES

¿No tiemblas?

MARIENE

¡Comienzo ahora! Perdiste la confianza desde que a mi hermano... Entonces, ¡ay de mí y ay de ti!

HERODES

Retienes la promesa, la sencilla promesa con un juramento que yo esperé de ti. ¿En qué debo apoyarme entonces?

MARIENE

Y si te la hiciera, ¿qué garantía tenías de que yo

la cumpliría? Ninguna mas que yo misma; mi ser, tal como lo conoces. Por eso pienso que ya que tienes que acabar por esperanza y fe, comiences ya por ambas. ¡Vé! ¡Vé! No puedo proceder de otro modo. ¡Hoy por lo menos! *(Vase.)*

ESCENA IV

HERODES

¡Hoy no! Pero mañana..., o pasado mañana... ¡Quiere justificarme después de muerto!... ¿Habla así una mujer? Cierto que sé bien que muchas veces cuando la he llamado hermosa ha torcido el gesto hasta dejar de serlo. También sé que no puede llorar, que en ella son convulsiones lo que en otras es llanto. También sé que se había malquistado con su hermano poco antes de que él encontrara la muerte en el baño, y se había fingido después implacable; sí, y además, cuando ya él era cadáver, aun recibió de su parte un regalo comprado para ella camino del baño. ¡Y sin embargo...! ¿Habla así una mujer en el momento en que aquel a quien ama, o por lo menos a quien debe amar...? No vuelve a entrar como en otro tiempo, cuando... No dejó ningún pañuelo como pretexto... ¡No! Puede soportar que yo parta bajo esta impresión... ¡Bueno! ¡Sea! ¡A Alejandría!... ¡A la tumba!... ¡Es igual!... ¡Pero antes, una cosa! ¡Una sola cosa! ¡Oídla, tierra y cielos! Tú no me prometiste nada, pero yo sí quiero jurarte algo: sobre ti dejo pendiente mi espada. An-

tonio se verá burlado si me hace sucumbir por ti (es claro que no lo ha de hacer por tu madre); pues aunque sea dudoso que el vestido que me cubra al morir me acompañe a la sepultura, porque bien puede robármelo un ladrón, ¡tú me acompañarás! ¡Está ya resuelto! ¡Si no vuelvo, pereces! ¡Dejo esa orden!... ¡Esa orden! Aquí tropiezo con el punto flaco. ¿Quién me asegura que aun me obedecerán cuando ya no me teman? ¡Oh! ¡Ya se encontrará alguien, pienso yo, que tenga que temblar ante ella!

ESCENA V

UN SERVIDOR

Tu cuñado.

HERODES

¡Sea bien venido! ¡Este es mi hombre! Le entregaré mi espada, y por medio de su cobardía hostigaré hondamente a su valor hasta que la maneje como yo mismo. *(Entra* JOSÉ.)

JOSÉ

Oigo que partes en seguida para Alejandría y vengo a despedirte.

HERODES

¡Despedirnos! ¡Acaso para no volver a vernos!

JOSÉ

¿Para no volver a vernos?

HERODES

Pudiera ser.

JOSÉ

Nunca te he visto como ahora.

HERODES

Sírvate eso de garantía de que nunca me encontré como en este momento.

JOSÉ

Si pierdes los ánimos...

HERODES

No los perderé, pues sabré sufrir lo que ocurra; pero me abandona la esperanza de que pueda venir nada bueno.

JOSÉ

Entonces, ¡querría haber sido ciego y no haber escudriñado nunca los secretos de Alejandra!

HERODES

¡Bien te lo creo!

JOSÉ

Pues no habría descubierto el retrato de Aristóbulo, que hizo pintar en secreto para Antonio; ni habría espiado su mensaje a Cleopatra; ni, por último, tampoco habría detenido en el puerto el ataúd que los ocultaba a ella y a su hijo, impidiendo una fuga ya comenzada...

HERODES

Nada tendría entonces que agradecerte, y con tranquilidad podrías ver a su hija sobre el trono, a que de fijo ascenderá la osada Macabea si yo no regreso y ningún otro lo ha ocupado antes que ella.

JOSÉ

No lo veo yo así. Creo que entonces serían perdonadas muchas cosas.

HERODES

¡Muchas! ¿Quién lo duda? Pero otras vendrían a ocupar su puesto. ¡Y da lo mismo! Enumeraste muchas, pero de una te has olvidado.

JOSÉ

¿De cuál?

HERODES

Estabas con él en el baño cuando...

JOSÉ

Sí lo estaba.

HERODES

También luchaste con él.

JOSÉ

Al principio, sí.

HERODES

Pues entonces...

JOSÉ

Pero no le dió el desmayo en mis brazos, y si hubiera ocurrido así le habría salvado o me habría arrastrado él al abismo.

HERODES

No dudo de ello. Pero has de saber que como ninguno de los que allí estaban habla de otro modo y como quiso la maldita casualidad que tú no sólo le acompañaras, sino que también lucharas con él...

JOSÉ

¿Por qué te detienes?

HERODES

¡José mío, a ti y a mí, a los dos, se nos acusa duramente!

JOSÉ

¿A mí también?

HERODES

Claro que no sólo eres mi cuñado, sino también mi más íntimo amigo.

JOSÉ

Me enorgullezco de ello.

HERODES

¡Oh! ¡Ojalá que jamás lo hubieras sido! ¡Que, como Saúl, hubiera lanzado yo un venablo contra

ti! ¡Ojalá que pudieras demostrarlo mediante una grave herida! Te iría mejor: la calumnia no habría encontrado ningún crédulo oído y por un crimen que no cometiste no serías tampoco decapitado.

JOSÉ

¿Yo? ¿Decapitado?

HERODES

Esa es tu suerte si yo no regreso y Mariene...

JOSÉ

Pero soy inocente.

HERODES

¿De qué te sirve? Las apariencias te condenan. Y aun en el caso de que te creyeran, los numerosísimos servicios que me has prestado ¿no son otros tantos crímenes contra ella ante los ojos de Alejandra? ¿No pensará: si éste nos hubiera dejado huir aún viviría el que ahora está en la tumba?

JOSÉ

¡Cierto! ¡Cierto!

HERODES

¿No puede, por lo tanto, con cierta especie de derecho, reclamar tu vida a cambio de otra que cree perdida por tu culpa, y no habrá de conseguirlo de su hija?

JOSÉ

¡Oh Salomé! ¡Esto viene de aquella visita a casa

del pintor! Todos los años quiere tener un nuevo retrato mío.

HERODES

Sé cuánto te ama.

JOSÉ

¡Ay! Si fuera menos estaría mejor. No habría descubierto el retrato de Aristóbulo si no... ¡Ahora pronto podrá tener el último mío, sin cabeza!

HERODES

¡José mío, a la cabeza se la defiende!

JOSÉ

¡Si tú das la tuya por perdida...!

HERODES

Sólo a medias. Aun buscaré manera de salvarla, ya que yo mismo, voluntariamente, la meto en las fauces del león.

JOSÉ

Una vez te salió bien, cuando los fariseos...

HERODES

Ahora es mucho peor. Pero sea lo que quiera lo que pase conmigo, quiero poner tu suerte en tus propias manos. Ya siempre has sido un hombre, sé ahora un rey. Te cubro con el manto de púrpura y te entrego el cetro y la espada. Manténlos firmes y no se los entregues a nadie mas que a mí.

JOSÉ

¿Qué es lo que dices?

HERODES

Y para que te asegures la posesión del trono y con él tu vida, mata a Mariene así que sepas que yo no regreso.

JOSÉ

¿A Mariene?

HERODES

Es el último lazo que aun une a Alejandra con el pueblo desde que el río le ahogó a su hijo; es el brillante penacho que llevará la rebelión cuando se alce contra ti...

JOSÉ

Mas Mariene...

HERODES

¿Te asombras de que yo...? ¡No quiero fingir, José! Mi consejo es bueno, es bueno para ti; no necesito jurártelo. Pero es cierto que no te lo doy por ti solo... En una palabra, no puedo soportar que alguna vez otro... Sería para mí más amargo... Cierto que es orgullosa...; pero después de la muerte... Y un Antonio... Y luego, sobre todo, esa suegra, que ha de azuzar a muertos contra muertos... ¡Tienes que comprenderme!

JOSÉ

Pero...

HERODES

Escúchame hasta el fin. Me hizo esperar que ella misma se dará muerte si yo... Es lícito exigir el pago de una deuda, ¿no?, y hasta se puede usar de violencia... ¿Qué opinas tú?

JOSÉ

Bien lo creo.

HERODES

Pues prométeme que la matarás si ella misma no se da muerte. No te precipites, pero tampoco lo dilates demasiado. Vé a su presencia tan pronto como mi mensajero (pues te enviaré uno) te anuncie que estoy perdido; díselo y observa si tiende su mano a un puñal o si hace cualquier otra cosa. ¿Me lo prometes?

JOSÉ

Sí.

HERODES

No exijo que lo jures, pues a nadie se le hace jurar que aplastará a la sierpe con que le amenaza la muerte. Lo hace espontáneamente si conserva su sentido, pues mejor puede prescindir sin peligro de comer y beber que de eso. (JOSÉ *hace un movimiento.)* Te conozco muy bien y te recomendaré a Antonio como el único en quien le es dado confiar. Le mostrarás por este medio que los vínculos de la sangre no son tan sagrados para ti que no los sacrifiques cuando eso sirve para ahogar una subleva-

ción, pues ése es el aspecto en que debes presentarle el hecho. Tras él vendrá una revuelta popular, y tú le anuncias que había sido precedida de una sedición que sólo por ese medio se logró dominar. En lo que hace al pueblo, se estremecerá al divisar tu ensangrentada espada y muchos dirán de ti: «¡Sólo le conocía a medias!» Y ahora...

JOSÉ

Te volveré a ver. Y no sólo hoy; estoy seguro de que regresarás, como otras veces.

HERODES

No es imposible. Otra cosa aún: por ello... *(Pausa larga.)* ¡He jurado ahora algo que te afecta! *(Escribe y sella lo escrito.)* ¡Aquí está! Toma este pliego cerrado con mi sello. Ya ves que la dirección dice...

JOSÉ

¡Al verdugo!

HERODES

Cumpliré lo que ahí te prometo si llegas a contar el secreto de un rey que...

JOSÉ

Encárgame entonces de que yo mismo lo entregue. *(Vase.)*

ESCENA VI

HERODES, *solo*.

¡Ahora vive bajo mi espada! Eso me incitará a hacer lo que nunca he hecho, a sufrir lo que nunca he sufrido, y me consolaré si todo fuera en vano. ¡En marcha ahora! *(Vase.)*

ACTO SEGUNDO

Castillo de Sión. Habitaciones de Alejandra.

ESCENA PRIMERA

ALEJANDRA *y* SAMEAS.

ALEJANDRA

¡Ya lo sabes ahora!

SAMEAS

¡No me sorprende! ¡No! ¡En Herodes no me sorprende nada! Pues quien cuando mancebo ya declaró la guerra al Sanedrín; quien se presentó ante su juez armado de resplandecientes armas y le advirtió que él era el verdugo y que el verdugo no ejecuta una sentencia de muerte en su propia persona, bien puede cuando hombre... ¡Ah! Aun contemplo cómo frente al Sumo Sacerdote se apoyaba en la columna y, rodeado de sus mercenarios, que de apresar bandidos se habían convertido en bandidos, nos contaba cabeza a cabeza, como si estuviera ante un cardizal y meditara en el modo de limpiarlo.

ALEJANDRA

Sí, sí; fué para él un momento del que puede acordarse con orgullo. Un mozuelo aturdido, que apenas había cumplido veinte años, es emplazado ante el Sanedrín porque con criminal insolencia se permitió una ofensa a la Ley; porque ejecutó una sentencia de muerte que aun no había sido pronunciada por vosotros. La viuda del muerto le aguarda con su maldición en el umbral; dentro se congrega todo lo que hay en Jerusalén de ancianidad y canas. Pero como no viene vestido de saco y con la cabeza cubierta de ceniza, se debilitan vuestros ánimos; no pensáis ya en castigarle, no pensáis siquiera en amenazarle: nada le decís; él se ríe de vosotros y se va.

SAMEAS

¡Hablé yo!

ALEJANDRA

¡Cuando ya era demasiado tarde!

SAMEAS

Si lo hubiera hecho antes, habría sido demasiado pronto; guardé silencio por respeto al Sumo Sacerdote, a quien correspondía la primera palabra; a mí, la última: él era el más anciano; el más joven, yo.

ALEJANDRA

¡Es igual! Si en aquel momento hubierais mostrado el sencillo valor que requiere el cumplimien-

to del deber, no sería ahora preciso ningún otro más grande. Mas ahora cuidad de que... ¡Bueno! ¡Verdad que aun os queda otro recurso! Si no queréis combatir con él (y, en efecto, sería osado, no os lo aconsejo), sólo necesitáis entrar con el león o el tigre en la lucha que él ordene.

SAMEAS

¿De qué hablas?

ALEJANDRA

¿No conoces las luchas de gladiadores de los romanos?

SAMEAS

Gracias a Dios no las conozco. Tengo por ventajoso no saber nada de los paganos mas que lo que nos refiere Moisés. Cierro los ojos cada vez que me encuentro con un soldado romano, y bendigo a mi padre en su sepultura por no haberme enseñado su lengua.

ALEJANDRA

¿De modo que no sabes que llevan por centenares a Roma las fieras del Africa?

SAMEAS

No; no lo sé.

ALEJANDRA

¿Que allí las juntan en un circo de piedra donde las azuzan contra esclavos que tienen que luchar

con ellas hasta perder la vida, mientras ellos ocupan todo alrededor altos asientos y gritan de gozo cuando son abiertas en los cuerpos mortales heridas y la roja sangre riega la arena?

SAMEAS

¡El más salvaje de mis sueños no me ha mostrado jamás cosa semejante! Sin embargo, lo celebro en el alma; si lo hacen, es bien propio de ellos. *(Alzando las manos.)* ¡Grande eres, Señor! Si otorgas la vida al pagano, tiene que pagarte por ella un horrendo tributo; lo castigas por la manera como la emplea... Querría ver esas luchas.

ALEJANDRA

Será cumplido tu deseo no bien regrese Herodes: piensa introducirlas aquí.

SAMEAS

¡Jamás!

ALEJANDRA

¡Ya yo te lo decía! ¿Y por qué no? Leones no nos faltan. El pastor montañés se alegrará de que disminuya su número: ahorrará entonces algunos novillos y terneras.

SAMEAS

Aun prescindiendo del resto, ¿dónde encontraría luchadores? Entre nosotros no hay esclavos de quien pueda disponer a vida y muerte.

ALEJANDRA

Al primero... lo veo ante mí.

SAMEAS

¿Cómo?

ALEJANDRA

¡De fijo! Torcerás el rostro como ahora, y hasta quizá aprietes los puños, hagas girar los ojos y rechines los dientes cuando llegue el gran día en que él, solemnemente, consagre el circo pagano como Salomón el templo. No se le escaparán tus gestos, y en recompensa de ellos te hará seña para que entres y muestres a todo el pueblo lo que sabes hacer al encontrarte frente a un león que ha ayunado durante largos días. Pues ya que nos faltan esclavos deben substituirlos los criminales merecedores de la pena de muerte, y ¿quién sería merecedor de ella si no lo fuera aquel que se opone abiertamente al rey?

SAMEAS

¿Podría...?

ALEJANDRA

¡No lo dudes! Sería malo que le cortaran la cabeza demasiado pronto; con ella perecerían planes que hasta al propio Pompeyo, que con audacia pagana osó penetrar en el Santuario, acaso le parecieran...

SAMEAS

(Violentamente.) ¡Antonio, si haces presa en él,

dejaré de maldecirte durante un año entero! Y si no lo haces, entonces... ¡Bueno! ¡Estamos dispuestos!

ALEJANDRA

Cree que si nuestro pueblo no debiera mezclarse con los otros habríamos recibido de Dios el globo terráqueo para nosotros solos.

SAMEAS

¿Cree eso?

ALEJANDRA

Pero ya que no es así, hácese necesario cortar los diques que, como de los mares a un lago cenagoso, nos apartan aún de todos los demás pueblos; eso se hará acomodándonos a ellos en usos y costumbres.

SAMEAS

En usos y... *(Hacia el cielo.)* ¡Señor! ¡Si no he de volverme loco, anúnciame cómo ha de morir ése! ¡Muéstrame la muerte que toma prestado el horror de todas las otras y hazme saber que es para Herodes para quien lo hace!

ALEJANDRA

¡Haz tú de ángel exterminador!

SAMEAS

¡Si no para él, para mí mismo! ¡Lo juro! *(Llevándose la mano al pecho.)* Si no puedo impedir la

abominación, castigaré mi impotencia con el suicidio antes de que llegue el día que por primera vez debe ser mancillado por él. Este es un juramento que me lleva al crimen si no soy capaz de un acto heroico. ¿Quién juró algo más grande?

ALEJANDRA

¡Bueno! Pero no olvides esto: si el propio brazo no es bastante fuerte para perder al enemigo, no hay que desdeñar a uno extraño.

SAMEAS

¿Y ese extraño...?

ALEJANDRA

Fácilmente te armas de él.

SAMEAS

Habla más claro.

ALEJANDRA

¿Quién puso por rey a Herodes?

SAMEAS

Antonio. ¿Quién si no?...

ALEJANDRA

¿Por qué lo hizo?

SAMEAS

Porque le agradó. O acaso también simplemente

porque nos desagradaba a nosotros. ¿Cuándo tiene mejores motivos un pagano?

ALEJANDRA

¡Adelante! ¿Qué lo sostiene en el trono?

SAMEAS

¡No la bendición del pueblo! ¡Acaso su maldición! ¿Quién puede decirlo?

ALEJANDRA

¡Yo! Nada más que la astucia de enviar todos los años, antes de la fecha del vencimiento, el censo que tenemos que pagar al romano, y hasta duplicarlo espontáneamente si ha estallado una nueva guerra. El romano sólo quiere nuestro dinero, no otra cosa, y nos deja nuestra fe y nuestro Dios; hasta lo veneraría con nosotros y le concedería en el Capitolio, al lado de Júpiter, Ops e Isis, un rincón que hasta hoy ha permanecido vacío, sólo con que, como aquéllos, fuera hecho de piedra.

SAMEAS

Siendo las cosas como por desgracia son, ¿qué puedes esperar de Antonio? En este punto, tú misma lo has dicho: Herodes no omite nada. Aun ahora... lo he visto partir. Deslomóse un mulo bajo su carga aun antes de llegar a la puerta. Por cada gota de sangre de sus venas le presenta Herodes una onza de oro. ¿Crees que la rechazará pór ti?

ALEJANDRA

Ciertamente que no si yo misma manejara mis asuntos. Sólo que por mí lo hace Cleopatra y ojalá que también Mariene... ¿Te asombras? ¡Compréndeme bien! No personalmente, pues antes se volvería contra mí; sólo por medio de su retrato, y ni siquiera por el suyo propio, sino por el de otro que verdaderamente se le parece. Pues como una agreste selva no sólo alberga al león, sino al tigre, su enemigo, así también en este corazón de romano anida toda una gusanera de pasiones que lidian unas con otras por el señorío, y si Herodes se apoya en la primera, me apoyo yo en la segunda y creo que ésta lleva ventaja a las otras.

SAMEAS

Eres...

ALEJANDRA

¡No soy Hircano, aunque sea su hija! Mas para que no interpretes mal lo que he hecho, te añadiré que tampoco soy Mariene. Y si Antonio aniquila al marido que la posee para abrirse camino hacia ella, ella sigue siendo señora de sí misma y puede envolverse en un eterno velo de viudez. Pero estoy segura de una cosa: Antonio ya ha empuñado su espada, y si aun no la desenvainó sólo le detiene la consideración de que este feliz soldado Herodes sirve a los romanos de anillo de hierro que mantiene todo unido aquí entre nosotros. Dale pruebas de lo

contrario, provoca una rebelión, altera la dormida paz. ¡Así la desenvainará!

SAMEAS

¡Se las daré fácilmente! El pueblo lo ha matado ya en su pensamiento; se refiere...

ALEJANDRA

Imprime tu sello en ello y abrid después veloces su testamento. Ya conoces ahora el contenido: las luchas de gladiadores están en primer término, y si con su muerte cada uno se cree privado de cien azotes o de morir en la cruz, cree lo que debe creer. Pues tales cosas amenazan a Israel, que en muchos corazones brotará el desesperado deseo de que ojalá el Mar Rojo se hubiera tragado a todo el pueblo, a las doce santas tribus y al propio Moisés el primero.

SAMEAS

Voy. Y antes de que llegue el mediodía...

ALEJANDRA

Sé lo que consigues cuando envolviéndote en un saco y lanzando ayes vas por las callejuelas, como si tu antecesor Jonás estuviera entre nosotros de nuevo. Así se mostrará lo útil que de tiempo en tiempo es visitar al pescador y comer con el señor compadre lo que éste se adjudica a sí propio, ya que no se lo compra nadie.

SAMEAS

Se mostrará que nosotros los fariseos no hemos olvidado la afrenta sufrida, como tú pareces pensar. Escucha, pues, ahora lo que sólo debías conocer por los hechos: hace ya mucho tiempo que estamos juramentados contra él; tenemos trabajada toda Judea, y en Jerusalén... ¡Para que veas con qué seguridad contamos con el pueblo!... Hasta un ciego figura en nuestra liga.

ALEJANDRA

¿De qué os sirve?

SAMEAS

¡De nada! ¡Y él mismo lo sabe! Sin embargo, está tan lleno de odio y furia que comparte la empresa con nosotros y prefiere morir a vivir más tiempo en el mundo si fracasamos en ella. Pienso, por tanto, que es buena señal esto. *(Vase.)*

ESCENA II

ALEJANDRA, *sola.*

¡El pueblo lo da ya por muerto! ¡Lo sé! ¡Lo sé! Y puedo ver en ello cuánto se desea que no regrese. Fué bueno que cuando partió lo cubriera la nube de langosta, pues se tomó como agüero de que no era vano ese deseo. Hasta es realmente posible que ya ahora su cabeza... ¡Eso no! ¡Dílo como lo pien

sas, que el fariseo no escucha detrás de la puerta! Cierto que Antonio es Antonio; pero es también romano, y un romano es tan lento en el juicio como rápido en la ejecución. Puede estar prisionero aunque no se encuentre en un calabozo. Y una vez hecho esto, bien puede irse más adelante. Por eso es bueno que se produzca ahora un alzamiento, aunque bien sé lo que esto significa y tampoco ignoro las consecuencias que tendrá si a pesar de todo aun regresa. Si aun... Bien puede ocurrir, piénsalo bien. Al partir, como despedida, te envió una cabeza degollada, y eso te muestra... ¡Uf! ¡Hablo como mi padre! Eso me muestra que es rápido como lo son los tiranos y que querría asustarme. Hace mucho tiempo que sé lo primero, y lo otro no debe lograrlo. Si acaeciera lo peor, si todo se me frustrara, si a pesar de su pasión por Mariene, que más crece que mengua, y que me protege, osara lo peor tan pronto como ella lo consintiera... ¿Qué significaría eso? Lo arriesgué todo por vengarme y eso sería vengarme hasta en la muerte; vengarme de él, que lo cometía, y de ella, que lo dejaba hacer; jamás el pueblo ni jamás Roma lo sufrirían con paciencia. Y en lo que se refiere a mí, mejor concertaría con mis mayores en ese caso sangriento. Los más de mi estirpe, tanto los abuelos como las abuelas, tuvieron que dejar el mundo segada la cabeza por no querer inclinarla. Compartiría su suerte. ¿Qué otra cosa sería sino eso?

ESCENA III

Entra MARIENE.

ALEJANDRA

(Aparte.) ¡Viene a mí! ¡Ah! ¡Si hubiera modo de apartarla de él y de impelerla a que me siguiera a Roma!... Mas ahora le odia y le ama al mismo tiempo. ¿Intentaré un último asalto? ¡Veamos! *(Corre hacia* MARIENE.) ¡Buscas consuelo donde puedes encontrarlo! ¡Ven a mi pecho!

MARIENE

¿Consuelo?

ALEJANDRA

¿No lo necesitas? Entonces te he conocido mal. Sin embargo, tuve motivo para creerte una mujer que no eres: fuiste calumniada delante de mí.

MARIENE

¿Yo? ¿Delante de ti?

ALEJANDRA

Me hablaron de abrazos y besos dados al fratricida esposo inmediatamente después del asesinato... Perdóname, no hubiera debido creerlo.

MARIENE

¿No?

ALEJANDRA

¡No! ¡Nunca! ¡Por más de un motivo, no! ¿Hubieras podido arrebatar sin piedad a la ensangrentada sombra de tu hermano la fraternal ofrenda de una venganza para tomar la cual no necesitabas de la espada de Judit ni del clavo de Rahab, sino tan sólo apartar tu boca y cruzar severamente tus brazos consagrándote al muerto? El mismo, el asesino, no habría osado acercarse a ti, pues te asemejas al muerto, y le habrías parecido como el cadáver de Aristóbulo dado de colorete, y se habría apartado de ti lleno de espanto.

MARIENE

Ni él hizo lo uno ni tampoco yo lo otro.

ALEJANDRA

Entonces... ¡Pero no! Acaso te quede aún una duda sobre su culpa. ¿Quieres la prueba?

MARIENE

No la necesito.

ALEJANDRA

¿No necesitas...?

MARIENE

No me sirve de nada.

ALEJANDRA

Entonces... ¡Mas aun ahora retengo mi maldi-

ción! ¡Ya te ha alcanzado otra! Todavía andas presa en las cadenas de un amor que jamás fué honroso...

MARIENE

Creía, sin embargo, que no había sido yo misma quien había elegído el esposo; creía que sólo me había sometido al destino que tú e Hircano habíais ordenado, previsoramente, para vuestra hija y nieta.

ALEJANDRA

Yo no; mi cobarde padre concertó el enlace.

MARIENE

¿Hízolo contra tu gusto?

ALEJANDRA

¡Eso no! En otro caso, antes habría huído contigo; el refugio de Egipto estaba abierto para mí. Digo sólo que la decisión partió de él, el primero de los Sumos Sacerdotes sin valor, y que no hice mas que vencer la repugnancia con que lo vi al principio. Sólo que procedí así porque encontré que los tratos del cobarde eran buenos por el momento y entregué la perla de Sión a la espada de Edom, cuando nos amenazaba. Pero si hubiera sido venenosa la sierpe que picó a Cleopatra por aquellos tiempos, o sólo con que Antonio hubiera llegado hasta aquí en su expedición, habría dicho que no. Dije que sí, por faltar eso.

MARIENE

Y sin embargo...

ALEJANDRA

Esperaba de ti que no desperdiciarías el precio de la venta y que harías que Herodes...

MARIENE

¡Oh, ya lo sé! Por cada beso había de cobrarle anticipadamente una cabeza que te desagradara, y, por último, cuando ya ninguna se te opusiera mas que la suya propia, inclinarlo al suicidio, o, si esto no resultaba, repetir pérfidamente con él, una callada noche, la traidora hazaña de Judit. ¡Con orgullo me habrías llamado entonces tu hija!

ALEJANDRA

Con mucho más que ahora, no te lo niego.

MARIENE

Preferí ser una esposa para el hombre a quien me entregaste y olvidarme por él de que era Macabea, como él olvidaba por mí que era rey.

ALEJANDRA

Aun pareciste acordarte de ello en Jericó, o por lo menos tú fuiste la primera que acusó cuando aun me reprimía yo misma, para probarte. ¿No fué así?

MARIENE

En Jericó me aturdió el espantoso suceso. Fué harto rápidamente de la mesa al baño y del baño a la tumba aquel hermano. ¡Sí! ¡Fué un vértigo! Pero ahora me remuerde el haber cerrado desconfiada y obstinadamente la puerta de mi estancia a mi rey y esposo, y sólo puedo perdonármelo porque fué como en un delirio febril.

ALEJANDRA

¡En un delirio febril!

MARIENE

(Como hablando consigo misma.) Tampoco lo habría hecho si no hubiera venido con vestidos de luto. Con traje rojo, rojo obscuro, hubiera podido verlo; pero...

ALEJANDRA

Sí; los encontró pronto. Los había encargado de antemano, como otros asesinos, a ser posible, van por agua antes de asesinar...

MARIENE

Madre, no olvides...

ALEJANDRA

¿Qué? ¿Que eres la mujer del asesino? Has llegado a serlo y sólo lo serás mientras quieras; hasta ¡quién sabe!, acaso ya no lo seas ahora. Pero her-

mana del muerto lo fuiste siempre y seguirás siéndolo; seguirás siéndolo hasta en el caso (pareces dispuesta a ello) de que vayas a gritarle a su tumba: «¡Se hizo contigo lo que merecías!»

MARIENE

Te debo respeto y no querría faltar a él. Cállate por eso. Si no podría...

ALEJANDRA

¿Qué podrías?

MARIENE

Podría preguntarme quién es culpable del hecho, si aquel que lo ejecutó porque tenía que hacerlo, o aquella que le forzó a ello. ¡Deja en paz al muerto!

ALEJANDRA

¡Háblale así a quien no lo haya parido! Lo llevé en mis entrañas y tengo que vengarle, ya que no puedo hacerle despertar para que se vengue él mismo.

MARIENE

¡Véngalo, pues; pero véngalo de ti misma! Sabes muy bien que fué el Sumo Sacerdote, rodeado hasta el vértigo por las aclamaciones del pueblo, y no el mancebo Aristóbulo, quien suscitó contra sí lo que llegó a acaecer. Y díme ahora: ¿quién impulsó al mancebo a salirse de la satisfacción de sí propio? No le faltaban brillantes túnicas con que atraer la

mirada de las doncellas hermosas y no necesitaba otra cosa para su dicha. ¿Qué debía ser para él el manto sacerdotal de Aarón que superfluamente le echaste encima? Espontáneamente no se le podía ocurrir mas que este pensamiento: «¿Qué tal me sienta?» Pero otros, desde el momento en que lo llevó, le tuvieron por la segunda cabeza de Israel, y pronto lograste tú deslumbrarle hasta el punto de que se tuviera por su primera, por su única cabeza.

ALEJANDRA

¡Nos calumnias a él y a mí!

MARIENE

¡No hago tal cosa! Si este mancebo, que parecía nacido para mostrar al mundo el primer hombre feliz, halló tan rápidamente un obscuro fin, y si el hombre, que con sólo sacar su espada convierte en mujeres a todos los otros hombres, le ha... (yo no sé si lo hizo, pero lo temo), lleven la culpa el afán de honores y el ansia de regir, pero no el afán de honores que acariciaba el muerto ni el ansia de regir que aqueja al rey. No quiero acusarte, no sería propio de mí; tampoco quiero ver en ti una lágrima de arrepentimiento por haber introducido en nuestra cámara conyugal un ensangrentado espectro, aunque ahora ya nunca somos dos, y el tercero hasta tal punto perturba mis sentidos que enmudezco cuando debía hablar y hablo cuando habría que callar. No quiero ahogar tu sed de venganza; no

preguntaré si lo que vengas son tus planes o tu hijo; haz lo que quieras; prosigue o detente; pero estáte segura de que si sabes herir a Herodes hieres también a Mariene. Hago ahora el juramento que retuve cuando él me lo pidió al partir: moriré, si él se muere. Obra, pues, y no hables más.

ALEJANDRA

¡Pues muérete! ¡Y en seguida! Porque...

MARIENE

Te comprendo. ¿Y por eso creías tú que necesitaba consuelo? ¡Oh, no! ¡Te equivocas! No me espanta que la canalla, que sólo soporta a los elegidos porque también éstos son humanamente mortales, lo haya asesinado ya con sus labios. ¡Qué le resta al esclavo cuando pasa el rey en su rumorosa magnificencia y esplendor, sino decir: «¡Morirá como yo! ¡No le envidio eso!» Y si pegado al trono pone un campo de batalla con mil sepulturas, alábole por ello, pues en él ahoga a la envidia. Pero que Herodes vive y que ha de seguir viviendo me lo dice el corazón. ¡La muerte arroja una sombra que cae aquí dentro!

ESCENA IV

UN SERVIDOR

El virrey.

ALEJANDRA

Seguramente armado, como se presenta siempre

que viene a nosotras desde que fracasó en la empresa de engañarnos con adulaciones, como pareció intentar al principio. ¿Sabes que Salomé perecía de celos en aquel tiempo?

MARIENE

Aun le ocurre eso ahora. Pues cuando ella está delante siempre le digo a él, sonriéndome y como con intimidad, hasta las cosas peores, y ya que ella misma no se cansa de espiar, no me cansaré yo de castigarla por su locura. *(Entra* JOSÉ.)

ALEJANDRA

(Señalando a las armas de JOSÉ.) ¿Ves?

MARIENE

¡Como guste! Lo exige su mujer para poder imaginarse que tiene un marido belicoso.

ALEJANDRA

(A JOSÉ.) ¡Aun estoy aquí!

JOSÉ

Extraño recibimiento.

ALEJANDRA

¡También está mi hijo! Como en otro tiempo se ha escondido en un ataúd. Echalo fuera de él, y con eso te perdonaré el que otra vez lo hayas hecho

sin ser llamado a ello. Pero esta vez no tienes que buscar la caja en el navío que navega hacia Egipto; tienes que buscarla en el vientre del cementerio.

JOSÉ

No soy yo quien puede despertar a los muertos.

ALEJANDRA

(Con befa, hacia MARIENE.) Es muy verdad. Si no, de fijo que tu señor te habría llevado consigo, por si para protegerle del hacha de los lictores no le basta arrodillarse e implorar.

MARIENE

¡Arrodillarse e implorar!

JOSÉ

(A MARIENE.) Puedo decirte cómo: «Me han acusado de tal cosa. Lo confieso. Pero de esta otra no. La añado en seguida para que lo sepas todo.» Así lo hará.

ALEJANDRA

¿Te jactas tú en vez de él?

JOSÉ

Ya lo hizo así otra vez. Estaba yo presente cuando los fariseos quisieron acusarle ante Antonio. El mismo lo hizo en su lugar, tomándoles la delantera camino del campamento, y cuando ellos llegaron

dijo, repitiendo y completando punto por punto la cuenta: «Declarad si omití algo.» El resultado ya lo conoces: muchos de los acusadores perdieron la terca cabeza por no querer ceder; con ello alcanzó pleno favor del romano.

ALEJANDRA

Entonces los dos eran más jóvenes de lo que son ahora. La insolencia del uno agradó al otro; tanto más que era ejercida a costa ajena y no a la suya propia. Para el romano, ¿puede ser algo el fariseo, cuya lengua constantemente predica rebelión contra Roma? «Quien le tira de la barba, le acorta dignidad», pensó Antonio, y se rió; pero dudo si también dejará que hagan eso con su propia persona.

JOSÉ

Hablas como si desearas...

ALEJANDRA

¿Qué te preocupa el que vayan o no juntos nuestros deseos? ¡Afírmate en los tuyos! ¡Para ti es de mucha cuenta que regrese!

JOSÉ

¿Crees tú? ¡Si lo es para mí, también lo es para ti!

ALEJANDRA

No sabría por qué. Ya hubo una Alejandra en

Israel que ciñó corona; se apoderó de ella estando sin poseedor y no la dejó abandonada para cualquier ladrón. *(A* Mariene.) ¡Vive Dios que no faltará la segunda si realmente hay Macabeas capaces de cumplir pueriles juramentos!

JOSÉ

(Explorando el terreno.) Verdad es. Hubo esa Alejandra. Pero quien quiera alcanzar lo que ella alcanzó tiene que seguir por completo su ejemplo y no sólo a medias. Al subir al trono se reconcilió con todos sus enemigos; entonces ya nadie tenía que temer, sino sólo que esperar de ella. No es milagro que se asentara firme en él hasta su muerte.

MARIENE

Me parece deplorable. ¿Para qué sirve un cetro sino para satisfacer el odio y el amor? Para oxear las moscas basta una rama.

JOSÉ

¡Muy cierto! *(A* Alejandra.) ¿Y tú?

ALEJANDRA

De fijo que jamás había visto en sueños al fundador de su estirpe, el gran Judas Macabeo; habiéndolo visto no le habría espantado, a fe mía, ningún enemigo, pues aun desde la tumba protege a sus descendientes porque no puede morir en

ningún corazón. ¡Cómo podría ser! Nadie ora sin tener que decir: «Le doy gracias por poder postrarme ante mi Dios y no ante madera, bronce o piedra.»

JOSÉ

(Aparte.) ¡Razón tuvo el rey! Tengo que realizar el hecho, y con las dos, o sufrir bajo su poder. Tengo que ponerme la corona en la cabeza si quiero asegurarla del hacha del verdugo. Sus miradas me oponen un mundo de odio. ¡Está bien! ¡Ellas mismas pronunciaron la sentencia! Ahora he hecho la prueba por última vez, y sólo con que estuviera ahí el mensajero, sin compasión la ejecutaría al momento. Están hechos todos los preparativos.

ESCENA V

UN SERVIDOR

El capitán Tito pide audiencia.

JOSÉ

En seguida. *(Quiere irse.)*

ALEJANDRA

¿Y por qué no aquí?

EL SERVIDOR

Aquí está ya.

TITO

(Al entrar; secretamente a José.) Lo que temías sucede: el pueblo se subleva.

JOSÉ

Haz, pues, rápidamente lo que ordené. Forma la cohorte y sal con ella.

TITO

Ya está hecho. Ahora vengo a preguntarte si quieres prisioneros o muertos. Mis águilas tan bien agarran como despedazan y tú tienes que saber lo que más te conviene.

JOSÉ

No debe correr sangre.

TITO

¡Bueno! Entonces cargo sobre ellos antes de que hayan comenzado la pedrea; en el otro caso lo haría después.

JOSÉ

¿Viste a Sameas?

TITO

¿Aquel fariseo que una vez se rompió casi la testa contra mi escudo, porque siempre cierra los ojos tan pronto como me divisa? Cierto que le he visto.

JOSÉ

¿Y cómo? ¡Dílo alto!

TITO

En la plaza pública, rodeado de millares de personas, maldice a grandes voces a Herodes.

JOSÉ

(A ALEJANDRA.) Sameas salió de aquí hace menos de una hora.

ALEJANDRA

¿Lo viste tú?

TITO

(A JOSÉ.) ¿Te presentarás tú mismo?

JOSÉ

Tan pronto como pueda. Mientras tanto...

TITO

¡Está bien! ¡Voy allá! *(Quiere marcharse.)*

ALEJANDRA

(Llamándole.) Una palabra aún, capitán. ¿Por qué nos quitaste la guardia?

MARIENE

¿Nos falta?

ALEJANDRA

Sí. Desde ayer noche.

JOSÉ

¡Porque yo lo mandé!

TITO

Y porque el rey, al marcharse, me dijo: «Este es el hombre que sabe mi voluntad; lo que él ordene lo ordeno yo mismo.» *(Vase.)*

ALEJANDRA

(A José.) ¿Y tú por qué lo has hecho?

JOSÉ

Creí que Judas Macabeo era suficiente defensa para ti y para tu hija. Por lo demás, ya oyes cómo están las cosas fuera: necesito los soldados. *(Aparte.)* Si los romanos estuvieran tan cerca, podrían frustrar mi intento. Hoy les mandé galileos.

ALEJANDRA

(A Mariene.) ¿Piensas aún que mi sospecha es infundada?

MARIENE

No sé; pero ahora prende también en mí. ¡Me parece raro! Aunque... si de la pared brotara un dardo, no me cogería de sorpresa.

ALEJANDRA

Dos golpes, y está libre el camino del trono, pues

ya no hay ningún otro Macabeo y pueden venir a él los de Herodes.

MARIENE

Me reiría de ti aun ahora si Salomé no fuera su mujer... ¡Por mi hermano que ha de ser mía su cabeza! Le diré a Herodes: «Tal como me vengues de ella es como me amas.» Pues es ella, sólo ella. ¡Lo que es ése, jamás!

ALEJANDRA

¡Cantas victoria harto pronto! Primero hay que obrar, y yo pensaba que nos aprovecháramos de esta revuelta.

MARIENE

Nada tengo yo que ver con esta revuelta, pues si regresa Herodes nada debo temer, y si no regresa ¡bien venida será la muerte en cualquier forma que llegue!

ALEJANDRA

¡Yo me voy! *(Quiere salir.)*

JOSÉ

(Cerrándole el paso.) ¿Adónde vas?

ALEJANDRA

Primero al terrado y luego a donde se me antoje.

JOSÉ

Está libre para ti el camino del terrado. Del castillo no se sale.

ALEJANDRA

¿Estaremos prisioneras entonces?

JOSÉ

Hasta que se restablezca el orden, tengo que rogarte...

ALEJANDRA

¿Qué osas?

JOSÉ

Ciega es la piedra y también lo es el dardo romano. Con frecuencia hieren ambos a quien no debían, y por eso no hay que salirles al encuentro.

ALEJANDRA

(A MARIENE.) Subiré ahora y por señas trataré de informar a mis amigos de lo que nos ocurre.

MARIENE

Por señas... a tus amigos... ¡Madre! ¡Madre! ¡Entonces eres realmente tú y no el pueblo...! ¡Con tal que no te abras tú misma la sepultura! (ALEJANDRA *quiere salir.)*

JOSÉ

Permitirás que te acompañe mi guardia. ¡Filo!

ALEJANDRA

¡Guerra franca, por lo tanto! *(Entra* FILO.)

JOSÉ

(Habla con él; al principio en voz baja, luego en alta voz.) ¿Me has comprendido?

FILO

Sí.

JOSÉ

¡Sólo en último caso!

FILO

Espero entonces...

JOSÉ

¡Y me respondes con tu cabeza! *(Aparte.)* ¡Me parece que flota sobre mí el espíritu de Herodes!

ALEJANDRA

(Aparte.) ¡Voy, pues! Acaso pueda sobornar al soldado, aunque galileo. ¡Quiero intentarlo! *(Vase.* FILO *la sigue.)*

JOSÉ

(Aparte.) No puedo hacer otra cosa, por muchas sospechas que levante contra mí; la rebelión me fuerza a dar este paso; no me es permitido ahora perderla de vista, si no quiero hacer que el hecho mismo llegue a serme imposible, pues a cada instante puede estar aquí su emisario. A él mismo hace ya mucho tiempo que no lo espero.

MARIENE

¿Cuándo murió Herodes?

JOSÉ

¿Cuándo murió?

MARIENE

¿Y cómo? Tienes que saberlo para atreverte a tanto.

JOSÉ

¿A qué me atrevo, pues? Me impones enigmas.

MARIENE

No te impongo nada si, como crees, no encuentro protección tan pronto como oigan los romanos que está en peligro mi vida; todo, si te equivocas en eso.

JOSÉ

¿Y quién amenaza tu vida?

MARIENE

¿Aun lo preguntas? ¡Tú mismo!

JOSÉ

¿Yo?

MARIENE

¿Puedes jurarme lo contrario? ¿Puedes jurarlo por la cabeza de tu hijo?... ¡Guardas silencio!

JOSÉ

No puedes exigirme un juramento.

MARIENE

Quien así es acusado lo presta sin exigírselo. Mas ¡ay de ti si viene Herodes! Antes del primer beso, le digo dos cosas: le digo que tú fraguabas mi muerte y le digo lo que tengo jurado. Juzga tú mismo ahora qué suerte te espera si él vuelve.

JOSÉ

¿Y qué?... ¿Qué juraste? Si debo espantarme, tengo que saberlo.

MARIENE

¡Oyelo como tu maldición! Que me mataré con mi propia mano si él... ¡Oh! ¡Si yo hubiera sospechado esto! ¿No es verdad?... Entonces no me habría importado jamás un frío saludo, habría proseguido como comencé y todo estaría en su punto! ¡Pues al principio eras por completo otro hombre.

JOSÉ

¡Nada tengo que temer!

MARIENE

Porque piensas que es imposible que regrese. ¡Quién sabe! Y cuando no..., cumpliré mi juramento. Pero no antes de que me haya vengado de ti. ¡Tiembla! No antes de que me haya vengado de ti, como él me vengaría. ¡Desenvaina ahora mismo tu espada! ¿No te atreves? ¡Lo creo! Pues sea como quiera que puedas guardarme, encontraré camino para

llegar al capitán Tito. Está perdido tu juego desde que yo te lo he visto.

JOSÉ

(Aparte.) ¡Es verdad! ¡Es verdad! *(A* MARIENE.*)* ¡Te cojo la palabra! ¡Te vengarás del mismo modo, exactamente del mismo modo como él te vengaría! ¡Me lo has prometido! ¡No lo olvides!

MARIENE

¡Es un delirio hablar así! De que Herodes me ama más de lo que puedo amarme yo a mí misma no dudará nadie, ni siquiera Salomé, tu pérfida mujer, aunque precisamente por ello sea doble su odio; aunque precisamente por ello, vengativa, te haya infundido el homicida pensamiento. Sé que viene de ella y quiero herirla de modo que pene; su dolor por ti debe ser mi postrer placer sobre la tierra.

JOSÉ

Te equivocas. Pero es igual. ¡Tengo tu palabra!

MARIENE

¿Lo repites otra vez? Infame, ¡qué tumulto de negros pensamientos, qué sospecha despiertas en mi pecho! ¡Hablas como si Herodes mismo me hubiera elegido como víctima de sacrificio y a ti como sacerdote sacrificador! ¿Es así? En la despedida, con espanto me acuerdo, se le escapó una palabra ambigua. ¡Respóndeme!

JOSÉ

Lo haré tan pronto como sea necesario, tan pronto como sepa que él...

MARIENE

¡No puede ya castigar tu mentira! ¡Cuando, cobarde y vilmente, puedas acusarle de lo más espantoso, de lo más inauditamente monstruoso, sólo para purificarte a ti mismo ante mis ojos! Te digo que sólo te oiré ahora, cuando acaso antes de que termines entre por la puerta y se precipite sobre ti. Por lo tanto, ¡cállate eternamente o habla en seguida!

JOSÉ

¿Y aunque así fuera? ¡No digo que lo sea! Pero si así fuera, ¿qué otra cosa sería sino corroboración de lo que tú sientes, testimonio de que te ama como jamás amó a su mujer hombre alguno?

MARIENE

¿Qué es esto? ¡Me parece que ya otra vez lo he oído!

JOSÉ

Creo, sin embargo, que sólo podía lisonjearte el que para él la muerte no fuera ni la mitad tan amarga como el pensamiento de...

MARIENE

¿Qué apuestas a que termino yo la frase en lugar

tuyo? Como el pensamiento de dejarme en un mundo en el que vive un Antonio.

JOSÉ

¡Así es! No digo que él lo haya dicho...

MARIENE

¡Lo ha dicho! ¡Lo ha dicho!... ¡Qué no hará él! ¡Oh! ¡Si por fin viniera!

JOSÉ

¡Mariene!... *(Aparte.)* ¡Cómo me he dejado coger! ¡Cierto que no hice mas que lo que debía! Pero me sobrecoge un terror de que él... Veo a Aristóbulo. ¡Maldita la acción que ya arroja sombra antes de presentarse en la vida!

MARIENE

Por lo tanto, era más que una loca burbuja del cerebro, de las que a veces ascienden y se deshacen; era... ¡Sólo ahora comienza mi vida! ¡Hasta hoy he soñado!

ESCENA VI

Entra un SERVIDOR; *le sigue* SALOMÉ.

SALOMÉ

(Al SERVIDOR.*)* ¿Te fué prohibido que dejaras entrar aquí a nadie sin anunciarlo? ¡Yo me hago responsable!

JOSÉ

¿Tú, Salomé?

SALOMÉ

¿Quién si no? ¡No un mal espíritu! ¡Tu mujer! Tu pobre mujer, a quien cortejaste como Jacob a Raquel y a quien ahora... *(A* MARIENE.) Maldita, ¿no te bastaba haber apartado de mí el corazón de mi hermano? ¿También ahora tienes que robarme el esposo? Día y noche piensa en ti como si ya fueras viuda y yo aun menos que eso. De día sigue todos tus pasos. De noche sueña contigo, pronuncia angustiosamente tu nombre, despierta sobresaltado de su sueño... *(A* JOSÉ.) ¿No te lo reproché aun esta misma mañana? Y hasta hoy, cuando todo Jerusalén está sublevado, no está al lado mío, no está en la plaza del mercado, donde lo hice buscar al ver que no volvía: está contigo y los dos... estáis solos.

MARIENE

(Aparte.) De fijo que no es por ella. Luego es por él. Si aun quedara una duda, la han ahogado ahora estos viles celos. Fuí para él como una cosa y nada más.

JOSÉ

(A SALOMÉ.) Te juro que...

SALOMÉ

¿Que estoy ciega? ¡No! ¡Veo!

MARIENE

El moribundo que hiciera cortar su higuera para que después de su muerte no otorgara sus frutos a ningún otro, sería un malvado; pero acaso él mismo había plantado el árbol y sabía que éste tenía que refrescar al ladrón y hasta al asesino que lo sacudiera. En mí no se da ninguna de esas cosas. ¡Y sin embargo! ¡Y sin embargo! ¡Este es un crimen como aun no hubo otro!

SALOMÉ

(A José.*)* ¡Hablas en vano! ¡Una orden! ¿Qué orden?

MARIENE

¡Una orden! ¡El sello a ése!... ¡Si pudiera llegar a ser posible, sólo ahora es cuando comenzaría a serlo! ¡Pero no lo es! ¡Ninguna excitación de especie innoble mancha mi interior por mucho que brame el furor en mi pecho! En este momento le daría a Antonio la misma respuesta que le habría dado en el día de nuestras bodas; lo siento así y por eso me hiere como me hiere; si no, tendría que soportarlo, hasta que perdonarlo.

SALOMÉ

(A Mariene.) No estoy aquí para ti, según parece.

MARIENE

Sí. Sí. Hasta me has dispensado el beneficio más

grande. Ahora veo, yo que era ciega; ahora veo claro, y sólo gracias a ti.

SALOMÉ

¿Te mofas? ¡También eso tendrás que pagármelo sólo con que regrese mi hermano! Le diré todo...

MARIENE

¿Qué? ¡Ah, sí! ¡Hazlo! Y si te escucha... ¿Por qué no? ¿Por qué ha de hacerme reír la idea? ¿Es acaso imposible?... Si te escucha, te doy palabra de no contradecirte. ¡Ya no me amo lo bastante para ello!

ESCENA VII

ALEJANDRA

(Entra precipitadamente.) ¡El rey!

JOSÉ

¿En la ciudad?

ALEJANDRA

¡Ya en el castillo!

ACTO TERCERO

Castillo de Sión. Habitaciones de Alejandra.

ESCENA PRIMERA

ALEJANDRA, JOSÉ, SALOMÉ, HERODES, *que entra con su séquito*, SOEMO.

HERODES

¡Aquí estoy otra vez! *(A* SOEMO.) ¿Sangra todavía? La piedra era para mí y si te hirió fué porque precisamente entonces te acercabas a decirme algo. Por esta vez tu cabeza fué escudo de tu rey. Si te hubieras quedado donde estabas...

SOEMO

No tendría la herida, pero tampoco el merecimiento, si puede haberlo en tal cosa. En Galilea sólo es lapidado el que osa oponerse a ti y a mí, que soy tu sombra, tu portavoz, o lo que quieras que sea.

HERODES

Sí; allí me son fieles. Es decir, a su propio provecho, y como éste anda mano a mano con el mío, también me lo son a mí.

SOEMO

Hasta qué punto lo son puedes verlo en el hecho de encontrarme en tu capital.

HERODES

En efecto, no hubiera esperado hallarte aquí, pues cuando el rey está lejos son doblemente necesarios los guardianes de las provincias ariscas. ¿Qué fué, por tanto, lo que te arrancó de tu puesto? Pues sin duda habrá sido cosa diversa del deseo de mostrarme que puede ser abandonado sin daño y del presentimiento de que habría que interceptar aquí una pedrada.

SOEMO

Vine con censurable precipitación para comunicar de palabra al virrey unos descubrimientos de una rara especie. Quería anunciarle que los fariseos tratan de minar, aunque vanamente, hasta el propio suelo firme de Galilea; pero mi aviso llegó sobrado tarde: encontré a Jerusalén en llamas y sólo pude ayudar a extinguirlas.

HERODES

(Le tiende la mano.) ¡Y lo hiciste con tu sangre!... Mira, José; ¡hola! Te habría buscado en otra parte... ¡Está bien! Pero vé ahora y tráete aquí a Sameas, el fariseo, a quien el capitán Tito tiene prisionero a la manera escita. El inflexible romano lo lleva firmemente atado a la cola del corcel en

que cabalga, porque el otro, en su santo celo, le ha escupido en la plaza pública. Ahora tiene que correr como nunca debe de haber corrido, si no quiere caer y ser arrastrado. Hubiera debido soltarlo ya cuando pasé por delante de ellos. De fijo que sólo a él le debo el haber conocido a todas las serpientes que hasta ahora se inclinaban calladamente delante de mí. Ya puedo aplastarlas con el pie cuando quiera. *(Vase* JOSÉ. *A* ALEJANDRA.) ¡Te saludo! Y debo hacerte saber de parte de Antonio que no se puede llamar a un río a juicio, y aun mucho menos al rey por cuyas tierras corre, por no haberlo hecho cegar. *(A* SOEMO.) Hace mucho tiempo que habría estado de regreso; pero cuando se reúnen amigos que se ven rara vez se agarran fuertemente. También te ocurrirá eso conmigo, te lo advierto anticipadamente, ya que por fin vuelvo a tenerte en mi compañía. Tendrás que ayudarme a sacudir los higos como ayudé a Antonio a ahogar las lampreas en torrentes de falerno (¡uf, qué glotonería!), y a refrescar el recuerdo de algunas chuscadas de nuestros tiempos juveniles. Prepárate a prestarme análogo servicio. Aunque no tenga suficientes trazas de triunfador, ya que no te invité a venir a mí como él me invitó a ir a su lado, a pretexto de oír una absurda acusación, arrugando la frente como César y armando al mismo tiempo su brazo con rayo y centella, sólo para estar seguro de que no dejaría de concurrir (que ése fué el motivo por que lo hizo), me dispongo a utilizar la casualidad que te pone hoy en mis

manos, y si comienzas a hablarme de tu cargo te diré como él: «Si lo ejerces como debes no necesita de ti en todo momento. Vienes tan rara vez que parece como si no estuvieras aquí a tu gusto.»

SOEMO

Eres injusto conmigo, señor: tengo motivo para no venir con sobrada frecuencia.

HERODES

(A Salomé.) ¿También tú estás aquí?... ¿Aprendiste, pues, por fin, a imaginarte, cuando encuentras a Mariene, que miras un espejo y contemplas tu propia imagen? Te lo aconsejé con frecuencia cuando te mostrabas rencorosa con ella, pero jamás te agradó el consejo. No eches la broma a mala parte. Ningún mal puede ser hecho en el momento de volver a verse. Pero, ¿dónde está ella? Me dijeron que estaba aquí con su madre y por eso vine.

SALOMÉ

Se fué al saber que te acercabas.

HERODES

¿Se fué? ¡Imposible! ¡Sin embargo...! Lo hizo porque la soledad conviene más para volver a verse... *(Aparte.)* ¿Quieres airarte contra ella, corazón, en vez de implorar sus perdones? *(En voz alta.)* Voy a su encuentro, pues es justo su sentimiento.

SALOMÉ

¡Engáñate a ti mismo y toma su espanto al verte resucitado, su vergüenza de haber creído en tu muerte, y la aun mayor de no sentirse ya apenas viuda, por la timidez de la mozuela que todavía no ha conocido varón y no por la turbación de la pecadora! ¡Huyó de miedo!

HERODES

¿De miedo?... Mira a tu alrededor; no estamos aquí solos.

SALOMÉ

Eso me conviene; si presento mi acusación delante de testigos, mayor seguridad tengo de ser oída y tanto más difícilmente podrá ser ahogada.

HERODES

¿Te pones entre nosotros? ¡Cuidado! ¡Puedes ser aplastada con el pie!

SALOMÉ

No esta vez; aunque sé lo que vale para ti la hermana cuando se trata de la Macabea. Esta vez...

HERODES

Te advierto una cosa. Si el día en que la contemplé por primera vez se hubiera presentado un querellante contra ella no le habría sido fácil hacer que

yo le oyera; pero, sin embargo, lo habría logrado mucho más fácilmente que en el día de hoy. Te lo prevengo. Tantas deudas tengo con ella que de nada puede serme deudora; lo siento hondamente.

SALOMÉ

¿Tiene carta franca?

HERODES

Para ponerse la máscara que se le antoje; para engañarte, si quiere tomarte por pasatiempo.

SALOMÉ

Entonces... Sí; entonces tengo que callarme. ¿Para qué hablaría? Pues dijérate lo que te dijera siempre tendrías a mano tu respuesta: «¡Disfraz!» Mas este disfraz tuvo tal éxito que no sólo fuí yo la que cayó en el engaño, sino el mundo entero, y te cuesta a ti el honor como a mí la tranquilidad, aunque puedas jurar que José no hizo sino lo que debía cuando... ¡Mira a ver si hay alguien que lo crea!

HERODES

¡Cuándo!... ¿Qué ocultas? ¡Acaba! ¡Pero no!... ¡Todavía no! *(A un Servidor.)* Suplico a la reina que se presente... *(Aparte.)* Parece como si todo el mundo estuviera limpio de arañas y todas anidaran en mi casa para cubrírmelo en seguida haciendo oficio de nubes, si alguna vez es visible el cielo azul

para mí. Cierto... es raro que no venga. Hubiera tenido que besarme, rindiéndose al poder del instante, aunque se arrancara después los labios a mordiscos si aun no se había retirado de su lado el fantasma. *(A* SALOMÉ.) ¿Sabes a lo que te has atrevido? ¿Lo sabes, mujer? Yo estaba contento, ¿comprendes esto? Y ahora... Una vez que yo estaba sediento, la tierra, agitándose, me derramó un vaso de vino antes de que lo vaciara; la perdoné porque no había otro remedio. ¡De ti podría vengarme!

ESCENA II

Entra MARIENE.

HERODES

¡Póstrate ante ella, ya que la ofendiste ante tantos testigos, y no ocurrirá nada!

SALOMÉ

¡Ah!

ALEJANDRA

¿Qué quiere decir esto?

HERODES

¿Qué pasa, Mariene?

MARIENE

¿Qué ordena el rey? He sido llamada y me presento.

ALEJANDRA

¿Es ésta la mujer que juraba darse muerte si él no regresaba?

HERODES

¿Es éste tu saludo?

MARIENE

¿Me mandó llamar el rey para que le saludara? ¡Le saludo! ¡Ya está el trabajo hecho!

ALEJANDRA

¡Mucho te engañas! ¡Estás aquí delante de tu juez!

HERODES

¡Querían acusarte! Antes de prestar oído a la querella hice que te suplicaran que vinieras aquí; pero no ciertamente para que te defendieras, sino sólo porque creía que se ahogaría en sí misma con tu presencia.

MARIENE

¡Para impedirlo debía irme otra vez!

HERODES

¿Cómo, Mariene? Nunca perteneciste tú a aquella mísera especie de almas que según ven el rostro o la espalda del enemigo le perdonan o le odian de nuevo, porque son demasiado débiles para un rencor verdadero y también harto pequeñas para una plena generosidad. ¿Qué es lo que se ha transfor-

mado en lo más íntimo de tu ser para que te juntes ahora con ellos? Pues cuando partí tuviste un adiós para mí, y eso, según me imaginaba, me daba derecho a recibir de ti la bienvenida, y ahora me la niegas. Estás ahí como si aun se tendieran entre nosotros los valles y montañas que tanto tiempo nos han separado. ¿Te haces atrás si quiero acercarme? ¿Es que te es odioso mi regreso?

MARIENE

¿Cómo habría de serlo? ¡Me devuelve la vida!

HERODES

¿La vida? ¿Qué quiere decir eso?

MARIENE

¡No negarás que me comprendes!

HERODES

(Aparte.) ¿Es que podrá saberlo? *(A* MARIENE.) ¡Ven! (MARIENE *no le sigue.)* ¡Dejadnos solos! *(A* ALEJANDRA.) Perdonarás...

ALEJANDRA

¡Ciertamente! *(Vase. Todos la siguen.*

MARIENE

¡Tan cobarde!

HERODES

¿Tan cobarde?

MARIENE

Y también... ¿Cómo lo diré?

HERODES

¿Y también...? *(Aparte.)* ¡Sería espantoso! ¡Jamás lograría borrarlo de su alma!

MARIENE

¡Que su mujer le siga voluntariamente al sepulcro, o que la haga caer la mano del verdugo, le es igual con tal de que muera! ¡Ni siquiera le deja tiempo para un libre sacrificio!

HERODES

¡Lo sabe!

MARIENE

¿Es un hombre Antonio, un hombre como tú, como yo había creído hasta ahora, o es un demonio, como tienes tú que creerlo para desesperar de que pudiera oponérsele en mi pecho un sentimiento de deber, un resto de orgullo, si se presentaba ante mí como galanteador empapado en tu sangre y me asediaba para que le abreviara los instantes que le deja libres la egipcia?

HERODES

¿Pero cómo es posible? ¿Cómo?

MARIENE

Tenía que haberte dado muerte antes de poder cortejarme, y aunque te sientas tan insignificante

(¡nunca lo habría creído! ¡sólo viéndolo!) que desesperes de pesar tanto como él en el corazón de tu mujer mediante la buena ley de tu varonil valor, ¿qué te autoriza a apreciarme en tan poco para temer que no sepa guardarme ni aun de tu asesino? ¡Ah! ¡Doblada afrenta!

HERODES

(Sin poder dominarse.) ¿A qué precio supiste este secreto? ¡Barato no sería! ¡Tengo una cabeza en prenda!

MARIENE

¡Oh Salomé! ¡Bien conociste a tu hermano!... Pregúntale a quien me lo vendió qué es lo que ha recibido; de mí no esperes ni una palabra más. *(Se vuelve para marcharse.)*

HERODES

Te mostraré en seguida cómo lo interrogo. ¡Soemo!

ESCENA III

Entra SOEMO.

HERODES

¿Está mi cuñado José ahí fuera?

SOEMO

Espera con Sameas.

HERODES

¡Llévalo de ahí! Le di una carta. Debe entregarla al momento. Acompáñale y cuida de que sea ejecutado fielmente todo lo que la carta ordena.

SOEMO

¡Así se hará! *(Vase.)*

HERODES

Sea lo que quiera lo que tú sospeches, pienses o sepas, me has comprendido mal.

MARIENE

Al fratricidio le impusiste el sello de la necesidad, ante el cual hay que inclinarse aunque sea temblando de horror; pero nunca lograrás estampar también ese sello en mi asesinato, el cual siempre seguirá siendo lo que es: un crimen que cuando más podrá ser repetido, pero ni ahora ni nunca sobrepujado.

HERODES

No tendría valor para responderte si, sea lo que quiera aquello a que me haya atrevido, no hubiera estado seguro del buen éxito; pero estaba seguro de él y lo estaba solamente porque había empeñado todo lo mío en el juego. Hice lo que en el campo de batalla suele hacer el soldado cuando llegada la postrer extremidad arroja resuelto en medio del

confuso montón del enemigo el estandarte que lo guía y del cual penden su dicha y su honor; mas no porque piense rendirlo: al contrario, se precipita tras él, lo recoge y, por desesperación, logra así, aunque en jirones, la corona del triunfo, que ya no era alcanzable para el valor. Me has llamado cobarde. Si lo es aquel que teme a un demonio dentro de sí mismo, entonces a veces lo soy yo, pero sólo cuando he de alcanzar mi meta por caminos tortuosos, cuando debo humillarme y presentarme como si no fuera el que soy. Entonces me angustio, querría incorporarme demasiado pronto, y para domar mi orgullo, que se subleva fácilmente y podría incitarme a hacerlo, amarro a mi suerte aquello que para mí es más que yo mismo y que conmigo tiene que sostenerse o caer. ¿Sabes lo que me esperaba cuando fuí allí? No un desafío, ni mucho menos un tribunal de justicia: un tirano caprichoso ante el que yo debía renegar de mí mismo, y seguramente no habría renegado si... Pensaba en ti y ni siquiera me crujían los dientes... Y fuera lo que fuera lo que como hombre y como rey pudiera pretender de mí, ya me arrastrara de comilona en comilona y guardando siniestro silencio se abstuviera de pronunciar mi absolución, yo lo sufría pacientemente como un esclavo.

MARIENE

¡Hablas en vano! Has ultrajado en mí a la Humanidad; tiene que compartir mi dolor todo aquel que sea humano, como yo misma; no necesita ser mi

pariente, no necesita ser mujer como yo. Cuando mediante una silenciosa muerte secreta me arrebataste el hermano, sólo podían llorarle conmigo los que tienen hermanos; todos los otros aun podían pasar por mi lado con ojos enjutos y negarme su compasión. Pero todos tienen vida y nadie quiere ser privado de ella mas que por el Dios que se la ha dado. Tal crimen lo maldice toda la especie humana; lo maldice el Destino, que permite que se inicie, pero no que se ejecute por completo; lo maldices tú mismo. Y si tan hondamente está ofendida la Humanidad en mí, díme: ¿qué debe sentir la esposa? ¿Qué seremos ahora yo para ti y tú para mí?

ESCENA IV

SALOMÉ

(Entra precipitadamente.) ¿Qué maquinas, monstruo? He visto cómo se llevaron de aquí a mi esposo... Me conjuró para que implorara tu misericordia... Vacilé porque le guardaba rencor y no le comprendía... Ahora oigo musitar cosashorrendas... Mienten, ¿no es verdad?

HERODES

Tu esposo muere.

SALOMÉ

¿Antes de ser juzgado? ¡Imposible!

HERODES

Ha sido juzgado por él mismo. Antes de haber delinquido contra mí tenía en sus manos la carta que lo condenaba a muerte; sabía qué clase de castigo le esperaba si cometía la falta, y sin embargo despreció la pena y la cometió.

SALOMÉ

¡Oyeme, Herodes! ¿Lo sabes de fijo? Lo he acusado, creía hacerlo con razón; tenía motivos para ello... Que la amaba era manifiesto: ya no tenía para mí ni una mirada, ni un apretón de manos... De día andaba alrededor de ella cuando podía y de noche le traicionaban sus sueños revelándome cuánto pensaba en ella... Todo esto es verdad y aun más... Pero no se sigue de aquí que a su vez ella tuviera que amarlo, ni aun mucho menos que ella... ¡Oh, no, no! ¡Me arrebataron los celos!... Perdóname. *(A* MARIENE.) Perdóname tú también. Te he aborrecido. ¡Dios mío! El tiempo vuela. Se decía... ¿Deberé llegar a amarte tanto como te odié? Pues entonces no permanezcas muda por más tiempo; habla, dí que es inocente e implora clemencia para él como lo hago yo.

MARIENE

Es inocente.

HERODES

A juicio vuestro..., no al mío.

MARIENE

También al tuyo.

HERODES

Entonces tendrías tú que no saber nada. Ahora no hay cosa alguna que pueda disculparle. Y si hago que le den muerte sin antes oírle es porque quiero mostrarte que no pienso ninguna vileza de ti y que me arrepiento de las aturdidas palabras que se me escaparon en la primera cólera, y más aún porque sé que no puede tener nada que decirme.

ESCENA V

SOEMO

¡La obra sangrienta queda cumplida! Pero todo Jerusalén se queda pasmado y pregunta por qué motivo el hombre a quien hiciste tu representante al partir de aquí tiene que perder la vida a tu regreso.

SALOMÉ

(Vacilando.) ¡Ay de mí! (MARIENE *quiere sostenerla.)* ¡Déjame! ¡Déjame! ¿Y a ésta?

HERODES

Date por satisfecha, hermana. Tu esposo me engañó espantosamente...

SALOMÉ

¿Y ésta?

HERODES

No como tú piensas...

SALOMÉ

¿Así no? ¿Pues cómo? ¿Quieres salvarla a ella? Si mi esposo te engañó espantosamente, lo mismo hizo ella, pues es verdad lo que yo decía y deben saberlo todos los que aun no lo saben. Debes lavarte con su sangre como con la de él; si no, nunca volverás a ser honrado.

HERODES

¡Por lo que es más sagrado para mí...!

SALOMÉ

O si no, ¡díme su crimen si es que no fué éste!

HERODES

¡Si quisiera decirlo aumentaría su magnitud! Si le había confiado un secreto del cual pendía para mí todo en el mundo y me traicionó revelándolo, ¿he de hacer yo lo mismo?

SALOMÉ

¡Miserable pretexto que me llena de horror! ¿Crees poder engañarme? Crees todo lo que yo dije; pero eres demasiado débil para ahogar tu amor y prefieres ocultar la deshonra que no eres capaz de aniquilar. Pero si no me matas a mí, a tu hermana, como mataste a mi marido, fracasará tu propósito.

(A Mariene.) ¡Está muerto! ¡Ahora puedes jurar lo que quieras! ¡No te contradirá! *(Vase.)*

HERODES

Síguela, Soemo, y trata de aplacarla. La conoces bien y hace años te escuchaba gustosa.

SOEMO

Han cambiado los tiempos. Pero iré tras ella. *(Vase.)*

MARIENE

(Aparte.) Cierto que no habría implorado piedad por quien quería asesinarme; pero me horroriza que ni siquiera haya tenido tiempo para hacerlo.

HERODES

(Aparte.) ¡Le había llegado su vez! En la guerra más inmediata habría ocupado el puesto de Urías. Y sin embargo, ahora me arrepiento de mi precipitación.

ESCENA VI

Entra un Mensajero.

MENSAJERO

¡Me envía Antonio!

HERODES

Ya sé lo que te trae. Debo prepararme. Comienza la gran batalla de que me habló.

MENSAJERO

Octaviano navega hacia el Africa; Antonio vuela a su encuentro junto con Cleopatra para recibirlo en Accio.

HERODES

Y yo, Herodes, debo ser el tercero. Está bien. Partiré hoy mismo. Por mal que esté aquí todo, Soemo podrá suplirme. Es suerte que haya venido.

MARIENE

¡Parte de nuevo! ¡Gracias, gracias, Eterno!

HERODES

(Observándola.) ¡Ah!

MENSAJERO

¡Gran rey, no! No te necesita en Accio; quiere que impidas que los árabes, que se han sublevado, se reúnan con el enemigo. Ese es el servicio que desea de ti.

HERODES

¡A él le corresponde indicarme el sitio donde puedo serle útil!

MARIENE

¡Aun otra vez! ¡Eso lo resuelve todo!

HERODES

(Como antes.) ¡Cómo se alegra mi mujer! *(Al*

MENSAJERO.) Díle... Ya sabes... *(Aparte.)* Desarruga la frente, cruza las manos como dando gracias al Cielo... ¡Así es su corazón!

MENSAJERO

¿Fuera de eso, no tienes nada que mandarme?

MARIENE

Ahora veré si fué sólo una fiebre lo que le perturbó, la fiebre de la pasión sobreexcitada, o si en la clara acción se me reveló lo más íntimo de su ser. ¡Ahora lo veré!

HERODES

(Al MENSAJERO.) Nada. Nada. *(Vase el* MENSAJERO. *A* MARIENE.) ¡Se ha serenado tu rostro! Pero no confíes demasiado. No siempre se perece en la guerra; ya he vuelto yo de varias.

MARIENE

(Quiere hablar, pero se interrumpe a sí misma.) ¡No! ¡No!

HERODES

Cierto que esta vez se trata de una lucha más encendida que las de antes; en todas las otras luchas se peleaba por algo del mundo; pero en ésta se pelea por el mundo mismo; debe decidir quién sea señor del mundo, si Antonio, el libertino y sensual, u Octavio, que agota sus méritos tan pronto como jura que nunca en su vida estuvo borracho.

No faltarán heridas; pero con todo es posible que no sea cumplido tu deseo y que la muerte pase sobre mí sin tocarme.

MARIENE

¡Mi deseo! ¡Está bien! ¡Mi deseo! ¡Así es como debe ser! ¡Detente, corazón! ¡No te hagas traición a ti mismo! ¡No es válida la prueba si él sospecha lo que tú sientes! Si triunfa de ella, ¡cómo serás recompensado! ¡Cómo podrás recompensarlo! Pero mantente desconocido para él. ¡Sométela a la prueba! Piensa en el final, en la corona que te será dado tenderle si vence al demonio.

HERODES

¡Te doy las gracias! ¡Ahora me has aligerado el corazón! Puedo haber atentado contra tu humanidad, lo confieso claramente; pero no atenté contra tu amor. Por eso ya no imploro de él un postrer sacrificio; mas espero que cumplirás un último deber para conmigo. No sólo lo espero por mí, mucho más aún lo espero por ti misma; no querrás que en adelante sólo deba verte envuelta en niebla, y para ello, ya que yo mismo cerré la boca del muerto, abrirás tú la tuya y me explicarás cómo fué que te regalara él su cabeza; lo harás a causa de tu propia humanidad; lo harás porque te honras a ti misma.

MARIENE

Porque me honro a mí misma no lo haré.

HERODES

Por lo tanto, me niegas lo debido.

MARIENE

¡Lo debido! Según eso sería debido que yo me precipitara de rodillas ante ti, jurándote: «Señor, tu siervo no se acercó a mí, y para que puedas creerlo (pues no tengo ningún derecho a confianza aunque sea tu mujer) escucha esto y lo otro...» ¡Oh! ¡Qué asco! ¡Qué asco!... ¡Herodes, no! ¡Si alguna vez pregunta tu curiosidad, acaso te responda! ¡Ahora soy muda!

HERODES

¡Si tu amor hubiera sido bastante grande para perdonarme todo lo que hice por amor, jamás te hubiera preguntado! Mas ahora, como sé lo pequeño que es, tengo que repetir la pregunta, pues la garantía que me ofrece tu amor no puede ser mayor que tu mismo amor, y un amor que aprecia la vida en más que al amado no es nada para mí.

MARIENE

¡Y sin embargo guardo silencio!

HERODES

Pues me condeno a no volver a besar la boca, harto orgullosa, que no quiere jurarme que de ningún otro fué besada, hasta que lo haga humilde-

mente. Sí, y si hubiera un medio de extinguir tu recuerdo en mi corazón, si vaciándome los ojos y aniquilando el espejo de tu hermosura pudiera aniquilar también tu imagen, me los vaciaría en este mismo instante.

MARIENE

¡Modérate, Herodes! Acaso justamente ahora tienes tu destino en tu mano y puedes dirigirlo como te plazca. Para cada hombre llega un instante en que el conductor de su estrella le pone a él mismo las riendas en la mano. Pero lo malo es que no conoce ese instante; es que puede ser cada uno de los que pasan. ¡Sospecho que éste es el tuyo! ¡Sosiégate por ello! Tal como te traces hoy el curso de tu vida acaso tengas que recorrerlo hasta el final. ¿Quieres hacerlo en la salvaje embriaguez de la cólera?

HERODES

Temo mucho que sólo a medias adivinas la situación. Esta es una hora decisiva, sólo que para ti; pues yo ¿qué puedo apetecer ya? Sólo un medio con el cual pueda oxear los malos sueños.

MARIENE

¡No quiero comprenderte! ¡Te he parido hijos! ¡Piensa en ellos!

HERODES

Quien calla como tú despierta la sospecha de que no osa decir la verdad y sin embargo no quiere mentir.

MARIENE

¡No sigas!

HERODES

¡No; no sigo! ¡Adiós! ¡Y si regreso, no te enojes demasiado por ello!

MARIENE

¡Herodes!

HERODES

Ten la certeza de que no volveré, como hoy, a obligarte a que me saludes.

MARIENE

No; no volverá a ser necesario. *(Al Cielo.)* ¡Eterno, guía su corazón! Le había perdonado el fratricidio, estaba dispuesta a seguirle por las sendas de la muerte, aun lo estoy ahora: ¿le es dado a un ser humano hacer más? Hiciste ahora lo que nunca habías hecho: hiciste girar hacia atrás la rueda del tiempo; vuelve a encontrarse otra vez como se encontró antes; haz que proceda ahora de otro modo y olvidaré lo ocurrido; lo olvidaré como si atacado de fiebre me hubiera asestado un golpe con su espada y al sanar él mismo me hubiera vendado. *(A* Herodes.) ¿Volveré a verte?

HERODES

¡Si me ves llegar pide a gritos cadenas! ¡Te probará que me he vuelto loco!

MARIENE

¡Te arrepentirás de estas palabras!... ¡Detente, corazón!... ¡Te arrepentirás!... *(Vase.)*

HERODES

Cierto que fuí demasiado lejos. Me lo dije a mí mismo por el camino. Pero no es menos verdad que si me amara me lo perdonaría. ¡Si me amara! ¿Me amó alguna vez? Lo creo. Pero ahora... ¡Cómo sabe vengarse el muerto hasta desde la tumba! Me libré de él para asegurar mi corona, pero él se llevó consigo lo que valía más que aquélla: el corazón de mi esposa, pues desde que murió su hermano ella ha cambiado de un modo extraño para mí; jamás había descubierto yo ni la más mínima huella de semejanza entre ella y su madre, y hoy se le parece en más de un rasgo, y por eso no puedo ya confiar en ella como antes. ¡Eso es cierto! Pero ¿tiene que serlo también que me haya engañado? La garantía que prestaba su amor se ha perdido; pero aun presta una segunda su orgullo; y un orgullo que rehusa defenderse ¿no rehusará aún mucho más el mancharse? ¡Cierto que lo sabe! ¡José! ¿Por qué el hombre sólo ha de poder matar y no despertar otra vez a los muertos? ¡Debía poder las dos cosas o ninguna! ¡También él se venga! ¡No viene! Sin embargo, le veo ante mí. «¿Qué me ordenas?» ¡Es imposible! ¡No quiero creerlo! ¡Cállate, Salomé! ¡Fuera como quisiera, no fué de ese modo! Acaso el secreto mismo fué abriéndose ca-

mino a través de él corroyéndolo como un fuego interior. Acaso hizo traición porque me tuvo por perdido y quiso congraciarse con Alejandra antes de que llegara la noticia. ¡Ya lo veremos, pues tengo que ponerla a prueba! ¡Si hubiera sospechado que podía descubrirlo ella, jamás habría llegado hasta tan lejos! ¡Ahora que lo sabe, ahora, tengo que ir más allá! Pues ya que lo sabe tengo que temer de su venganza lo que, quizá con injusticia, temía de su inconstancia; tengo que temer que celebre sus bodas sobre mi tumba. Soemo llegó en el debido instante. Es un hombre que si yo mismo no estuviera en el mundo, ocuparía el puesto en que yo me encuentro. Su llegada demuestra la fidelidad de sus pensamientos y su celo por servirme. Le dejaré ahora la comisión. Sé que ella no ha de sacar nada de él tentándolo de una manera corriente... Si me hace traición me pagará tal precio que... ¡Salomé, entonces habrás tenido razón!... ¡Probémoslo! *(Vase.)*

ACTO CUARTO

Castillo de Sión. Habitaciones de Mariene.

ESCENA PRIMERA

MARIENE *y* ALEJANDRA

ALEJANDRA

Me presentas enigmas. Primero, el juramento: «Me mato si no regresa.» Después, cuando vino, una amarga frialdad, un orgullo que tenía que indignarle tanto como a mí me alegraba. Ahora otra vez la más profunda tristeza. Querría dar con quien te comprendiera.

MARIENE

Si tan difícil es, ¿por qué te atormentas?

ALEJANDRA

Y luego la manera áspera y displicente como mantienes apartado de ti a Soemo. Se le conoce que lleva dentro de sí algo que pesa sobre su corazón...

MARIENE

¿Crees tú?

ALEJANDRA

¡Seguramente! Y también que querría confiárnoslo, pero no se atreve; si te viera caer en el Jordán, acaso deliberaría acerca de si le era lícito salvarte de la muerte, y tendría razón, pues usas con él de un desmedido desdén.

MARIENE

¿No es verdad? Herodes no podrá decir que he seducido a su amigo, que he sonsacado con lisonjas su secreto, si es que alguno tiene. ¡No! ¡Abandono al Cielo el decidir si he de saberlo o no! ¡Me dicta mi corazón que no aventuro nada al hacerlo!

ESCENA II

Entra SAMEAS *con grillos en las manos.*

SAMEAS

¡Grande es el Señor!

MARIENE

¡El es grande!

ALEJANDRA

Libre, y sin embargo con cadenas. Aun otro enigma.

SAMEAS

¡No volveré a quitarme estos hierros! Jerusalén

debe recordar día tras día que el nieto de Jonás estuvo en prisiones.

ALEJANDRA

Pues ¿cómo saliste de ellas? ¿Sobornaste a la guardia?

SAMEAS

¿Yo? ¿A la guardia?

ALEJANDRA

Cierto. ¿Con qué? Aun llevas puesta tu túnica de cerdas, y desconfío que te dejaran en libertad por un nidal de abejas silvestres que pudieras descubrirles, ya que conoces todos los árboles huecos, pues hay miel en abundancia.

SAMEAS

¿Cómo lo preguntas? El propio Soemo me abrió las puertas.

MARIENE

¿Se habrá atrevido...?

SAMEAS

¿Qué dices? ¿No se lo mandaste tú?

MARIENE

¿Yo?

SAMEAS

¿No? Me pareció que me lo decía. Puedo enga-

ñarme, pues justamente cuando él entró estaba yo rezando el último salmo, diciéndolo al revés, y sólo le oí con medio oído. ¡Está bien! Entonces lo ha hecho el Señor y debo ir al templo a dar gracias, y nada tengo que hacer en la casa de David.

MARIENE

¿El Señor?

SAMEAS

¡El Señor! ¿Estaba yo preso justamente?

MARIENE

Han pasado los tiempos en que el Señor hablaba directamente a su pueblo. Tenemos la Ley. Esa habla en su lugar. Se ha extinguido la columna de vapor y fuego con que mostraba a nuestros padres el camino al través del desierto y los profetas están tan mudos como El.

ALEJANDRA

¡No lo están del todo! Aun hace poco que uno de ellos predijo un incendio y estalló en efecto.

MARIENE

¡Ciertamente! Pero él mismo, a media noche, había prendido fuego.

SAMEAS

Mujer, no blasfemes.

MARIENE

No blasfemo; sólo digo lo que ocurrió. El hombre es un fariseo como lo eres tú, habla como tú, se enfurece como tú, y el incendio debía probarnos que es realmente un profeta y que columbra lo futuro; pero un soldaldo lo sorprendió in fraganti

SAMEAS

¿Romano?

MARIENE

Sí.

SAMEAS

Miente. Acaso estuviera vendido; vendido a Herodes, vendido a ti misma.

MARIENE

No olvides...

SAMEAS

Eres su mujer; eres la mujer del criminal que se tiene por el Mesías; eres capaz de estrecharlo en tus brazos y de darle besos: bien puedes hacer por él eso otro.

ALEJANDRA

¿Se tiene ahora por el Mesías?

SAMEAS

Así es; me lo dijo cara a cara cuando me hizo llevar al calabozo. Clamé al Señor, imploré: «¡Mira

por tu pueblo y envíanos el Mesías que nos prometiste para los tiempos de la necesidad suprema! ¡La necesidad suprema nos invade!» A lo que Herodes replicó con orgullosa befa: «Ha tiempo que está aquí, pero no lo sabéis. Soy yo mismo.»

ALEJANDRA

¿Y ahora, Mariene?

SAMEAS

Con maldita agudeza mostró después que somos un pueblo de locos y él el único cuerdo; no en vano vivimos en la ribera del Mar Muerto, privado de movimiento de flujo y reflujo, y que sólo por ello infesta al mundo entero, siendo fiel espejo nuestro. Mas él tiene que traernos a la vida, y tiene también que arrancarnos violentamente el estúpido libro de Moisés (tan impíamente lo dijo), pues ése sólo es el culpable de que no nos asemejemos al Jordán, nuestro claro río, que brinca alegremente a través del país, sino a una ciénaga.

ALEJANDRA

¿Se desenmascaró tan por completo?

SAMEAS

Así fué; pero cuando lo hizo acaso ya valía yo para él tanto como un cadáver, pues inmediatamente ordenó mi muerte.

MARIENE

Estaba furioso. Se encontró con la rebelión.

SAMEAS

A ti te exhorto ahora a que cumplas tu deber. Apártate de él como él se apartó de Dios. Puedes castigarle de ese modo, pues mucho te ama. Cuando Soemo me dejó en libertad tuve que creer que ya lo habías hecho. Si no lo haces no trates de injusto al rayo que viene de las nubes si te hiere a ti como a él. Voy ahora a ofrecer mi sacrificio.

ALEJANDRA

Toma de mi establo la víctima.

SAMEAS

La tomo de donde reina la escasez: el cordero de la viuda y la oveja del pobre. ¿Qué sería tu novillo para el Señor? *(Vase.)*

ESCENA III

Entra SOEMO

SOEMO

¡Dispensa!...

MARIENE

Iba a hacerte llamar, justamente. Entra.

SOEMO

Habría sido la primera vez.

MARIENE

Cierto.

SOEMO

Hasta ahora más bien has evitado encontrarme.

MARIENE

¿Pero es que me has buscado tú o que tenías para qué buscarme? No quiero pensarlo.

SOEMO

Por lo menos para una cosa: para que me consideres como el más fiel de tus servidores.

MARIENE

Así lo hacía, pero no lo hago ya.

SOEMO

¿Ya no?

MARIENE

¿Cómo puedes abrir la cárcel al rebelde a quien hizo prender Herodes? ¿Aun es rey o ha dejado ya de serlo?

SOEMO

No es tan sencilla la respuesta como tú crees.

MARIENE

Si te es difícil, tendrás que expiarlo.

SOEMO

Aun no sabes nada de la batalla perdida.

MARIENE

¿Se perdió la batalla de Accio?

SOEMO

Antonio se dió muerte por su propia mano. Cleopatra, igualmente.

MARIENE

¿Tuvo valor para ello? Antes ni siquiera podía ver una espada y retrocedía con espanto cuando él le ponía delante, como espejo, la suya.

SOEMO

Así le fué comunicado al capitán Tito. Octaviano reniega de que no haya sido impedido. Yo mismo leí la carta.

MARIENE

Entonces la muerte tiene ya su ración por largo tiempo y las cabezas están más seguras de lo que lo estaban antes de que ocurriera esto.

SOEMO

¿Crees tú?

MARIENE

¡Te sonríes de un modo extraño!

SOEMO

Según parece no conoces a Octaviano. No le preguntará a la muerte si está ahita, y con los amigos de Antonio le dispondrá un banquete que no será escaso en sabrosos bocados.

MARIENE

¿Lo dices por Herodes?

SOEMO

¡Si cumplió lo que se proponía...!

MARIENE

¿Qué era ello?

SOEMO

Dijo: «Ya no quiero a Antonio, le odio más bien; pero le asistiré hasta el último momento, aunque temo que tiene que ser derrotado. Me lo debo a mí mismo, ya que no a él.»

MARIENE

¡Palabra de rey!

SOEMO

Cierto. Palabra de rey. Sólo que Octaviano no es hombre para admirar tal cosa, y si Herodes hizo lo que...

MARIENE

¿Quién se atreve a dudarlo?

SOEMO

Pues está también perdido, a no ser que hayan injuriado gravemente a Octaviano al apuntar en su cuenta la gran carnicería que siguió a la muerte de César.

MARIENE

Está muy claro que crees firmemente en tal desenlace; que ya cuentas entre los muertos a Herodes: si no no habrías osado lo que osaste. También me hace estremecer tu confianza, quiero confesártelo, pues no eres ningún insensato y de fijo que no te atreviste a tanto sin motivo. Pero, sea lo que quiera, aun quedo yo aquí, y yo, yo quiero mostrarte que sé prestarle obediencia aun después de muerto: ni una sola orden dada por él debe quedar incumplida. ¡Ese debe ser su funeral!

SOEMO

¿Ni una sola? ¡Reina, lo dudo!... *(Aparte.)* ¡Hiere ahora, golpe!

MARIENE

¡Como soy Macabea, que volverás otra vez a Sameas a su prisión!

SOEMO

Se hará como quieras, y si quieres más, si debe morir según le amenazaba el rey, dílo y será muerto. Pero permíteme una pregunta ahora: para que sea completo el funeral que piensas celebrar, ¿tam-

bién debo atravesarte con mi espada? También para ello tengo orden del rey.

MARIENE

¡Ay de mí!

ALEJANDRA

¡Jamás!

MARIENE

¡Ya estamos al final! ¡Y qué final! ¡Un final que devora al principio y a todo! ¡Lo pasado como lo futuro se disuelven en la nada para mí! ¡No tenía nada, no tengo nada, no tendré nada! ¿Hubo jamás un ser humano tan pobre?

ALEJANDRA

Cualquiera que sea el crimen que puedas anunciarme de Herodes, lo creo; mas éste...

MARIENE

¡No lo dudes! ¡Es cierto!

ALEJANDRA

¿Tú misma hablas así?

MARIENE

¡Dios mío, bien sé por qué!

ALEJANDRA

Entonces también sabrás lo que tienes que hacer.

MARIENE

¡Sí! *(Dirige el puñal contra sí misma.)*

ALEJANDRA

(Deteniéndola.) Insensata, ¿es digno de esto? ¿De que te conviertas en tu propio verdugo?

MARIENE

¡Era lo opuesto de lo que debo hacer! Gracias. Ese oficio lo eligió él para sí mismo. *(Arroja el puñal.)* ¡Fuera, tentador!

ALEJANDRA

Te pondrás bajo la protección del romano.

MARIENE

No impediré que lo haga nadie que tenga interés en ello... En cuanto a mí, doy una fiesta esta noche.

ALEJANDRA

¿Una fiesta?

MARIENE

Y bailaré en ella... ¡Sí, sí; ésa es la manera!

ALEJANDRA

¿De qué?

MARIENE

¡Eh, servidores! *(Entran* SERVIDORES.*)* ¡Abrid los

salones de fiesta e invitad a todo el que quiera regocijarse! ¡Encended todos los cirios que quieran arder! ¡Cortad todas las flores que aun no estén marchitas! ¡No es menester que quede nada sobrante! *(A* Moisés.) En otro tiempo nos preparaste las bodas; trátase hoy de una fiesta que sobrepuja hasta a aquélla; por lo tanto, no seas avaro de nada. *(Adelantándose.)* ¡Tiembla ahora, Herodes, aunque todavía no hubieras temblado nunca!

SOEMO

(Se aproxima a ella.) Siento tu dolor como tú misma.

MARIENE

¡Te eximo de la compasión! No eres un ayudante del verdugo; no me es lícito dudar de ello, pues lo has demostrado; pero en cambio eres un traidor, y a los traidores no puedo darles gracias ni soportarlos a mi lado por muy útiles que sean en este mundo. Si hubieras sido el hombre que parecías, habría tenido Dios que hacer un milagro: habría tenido que prestar a los aires la lengua que les falta; pero al crearte ya previó este caso, y por eso te hizo el primero de los hipócritas.

SOEMO

¡No soy tal cosa! Fuí amigo de Herodes, fuí su hermano de armas, su compañero, antes de que subiera al trono; fuí su servidor más fiel desde que es rey. Pero sólo lo fuí mientras él supo honrar en

mí al varón y al ser humano, como yo en él al héroe y al señor. Hizo esto hasta el momento en que, bajando hipócrita e indignamente por primera vez los ojos, me dió la orden sangrienta con la cual, despiadadamente, tanto a ti como a mí nos consagraba a una muerte cierta; con la cual me abandonaba a la venganza de tu pueblo, a la cólera del romano y a la propia perfidia, como a ti a la punta de mi espada. ¡En eso tuve el testimonio de lo que valía yo para él!

MARIENE

¿Y le expresaste tu horror?

SOEMO

No lo hice porque quería protegerte. Acepté en apariencia, fuí hipócrita, si así te agrada, para que no diera la comisión a ningún otro y me matara a puñaladas: un galileo habría consumado el hecho.

MARIENE

Te pido perdón. Estás con respecto a él en igual relación que yo; como yo, has sido ofendido en lo más sagrado de ti mismo; como yo, has sido rebajado al nivel de cosa. ¡Idéntico es como amigo y como esposo! ¡Ven a mi fiesta! *(Vase.)*

ALEJANDRA

¡Conque tú también, como yo, esperabas tu hora!

SOEMO

¿Mi hora? ¿Qué quieres decir con eso?

ALEJANDRA

Siempre vi con asombro cómo doblabas la espalda ante este rey que debe su elevación al capricho del romano, a la borrachera del gargantón, no a la estirpe y el nacimiento; como si hubieras olvidado, como él, que eres su igual; pero ahora penetro tus intenciones: sólo querías asegurar tu golpe.

SOEMO

¡Te equivocas en eso! En todo dije verdad. No me tuve por su igual ni habré de hacerlo nunca. Sé que hay muchos miserables que sólo porque no es nieto de sí mismo le sirven descontentos; sé que otros sólo por Mariene le guardan fidelidad; pero yo no soy del número de los que prefieren obedecer a una espada infantil con tal de que sea heredada que a la espada de héroe que acaba de ser forjada entre las llamas. Siempre consideré en él al superior, y tan gustoso alzaba del suelo el escudo del compañero de armas, si lo dejaba caer, como después el cetro del rey. La corona y la más noble esposa: no le envidié ninguna de las dos cosas pues sentía su valor.

ALEJANDRA

¡También tú eres un hombre!

SOEMO

¡Que no lo he olvidado lo demuestro ahora! No hay nadie tan grande a quien le sea lícito emplearme como instrumento. Quien solicite de mí servicios que, cumplidos o sin cumplir, como quiera que sea, me consagren afrentosamente a un seguro perecimiento, me declara libre de todo deber; a ése tengo que mostrarle que entre reyes y esclavos hay un grado intermedio, en el cual se levanta el hombre.

ALEJANDRA

No me importa el motivo; basta que te pases a los míos.

SOEMO

No temas ya ninguna lucha; puede dársele por muerto. Octaviano no es ningún Antonio que se deje arrancar la carne del cuerpo y lo perdone porque admire la mano que lo hace. Sólo ve los golpes.

ALEJANDRA

¿Qué dice Tito?

SOEMO

Piensa como yo. Sólo puse en libertad a Sameas porque quería ser llamado a dar cuenta de ello. No podía hacer otra cosa para llegar a la reina. Ahora sabe lo que tiene que saber y está preparada para el anuncio de muerte, si es que llega. ¡Ese era mi objeto! ¡Qué noble mujer! ¡Inmolarla! ¡Lástima hubiera sido de sus lágrimas!

ALEJANDRA

Cierto, un tierno esposo... Trata ahora de persuadirla de que se confíe a la protección del romano y ven a la fiesta en que rompe con Herodes, esté muerto o vivo. *(Vase.)*

SOEMO

(Siguiéndola.) ¡Está muerto!

ESCENA IV

Entran los SERVIDORES *y preparan la fiesta.*

MOISÉS

¿Qué es eso, Artajerjes? ¿Otra vez distraído? ¡Vivo! ¡Vivo! ¡No haces de reloj entre nosotros!

ARTAJERJES

Si hubieras hecho eso años enteros como yo, de fijo que también te ocurriría lo mismo. En especial, si soñaras todas las noches que tenías aún que ejercer el antiguo oficio. Involuntariamente tomo con mi mano derecha el pulso de la izquierda, cuento y cuento y cuento, y con frecuencia llego a sesenta antes de que me haga cargo de que ya no soy reloj.

MOISÉS

Pues aprende por fin que no debes medir el tiem-

po entre nosotros. Para eso tenemos los cuadrantes y la arena. Tú, como nosotros, debes hacer algo en el tiempo. ¡Holgazanería y no otra cosa!

ARTAJERJES

¡Puedo jurarte...!

MOISÉS

¡Cállate! ¡Cállate! Nunca te pusiste a contar estando comiendo. Además, tampoco se jura entre nosotros. *(Aparte.)* Y si el rey no fuera un semipagano tampoco tendríamos servidores extranjeros. ¡Allí vienen ya los músicos! ¡Vivo! *(Dirígese a los otros.)*

JEHÚ

Tú, ¿es verdaderamente cierto lo que se cuenta de ti?

ARTAJERJES

¿Cómo podría no serlo? ¿Tendré aún acaso que afirmarlo otro centenar de veces? Yo era reloj en la corte del sátrapa, y me iba bien con ello, mucho mejor que entre vosotros. De noche era relevado y entonces era reloj mi hermano, y también de día, cuando yo iba a comer. Verdaderamente no le agradezco a vuestro rey que me arrastrara aquí con los otros prisioneros de guerra. Cierto que a lo último se había hecho un poco difícil mi servicio. Tuve que ir con ellos al campo de batalla, y cuando las flechas vuelan a derecha e izquierda y se ve caer a los hombres es natural que se equivoque uno en

la cuenta con más facilidad que en una sala donde se reúnen para bailar. Cerraba los ojos, pues no soy un héroe como lo fué mi padre. Le hirió una flecha en su función... Era reloj como nosotros, mi hermano y yo: todos éramos relojes... Gritó su número y expiró. ¿Qué dices de ello? ¡Era un hombre! ¡Para eso se precisa más corazón que para dispararle una flecha!

JEHÚ

¿No tenéis arena en vuestra tierra, para tener que hacer tales cosas?

ARTAJERJES

¿En nuestro país? ¿Arena? La suficiente para sepultar toda Judea. Eso es solamente porque nuestro sátrapa debe tener cosas mejores que los otros. El pulso del hombre, si está sano y no tiene fiebre, ¿no marcha tan reguladamente como vuestra arena a través de sus cañas? ¿Y de qué os sirven los cuadrantes si al sol no se le antoja brillar? *(Cuenta.)* Una..., dos...

MOISÉS

(Vuelve otra vez.) ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Ya llegan los invitados!

ARTAJERJES

¿Es esto la fiesta? ¡Allí sí que he visto yo fiestas! Donde no era comido ningún fruto que no viniera de una remota parte del mundo; donde se

imponían castigos, hasta pena de muerte, al que bebía una sola gota de agua; donde de noche, en los jardines, ardían como antorchas hombres a los que se había envuelto en cáñamo y rociado con pez...

MOISÉS

¡Cállate! Pues ¿qué le habían hecho esos hombres al sátrapa?

ARTAJERJES

¿Hecho? ¡Absolutamente nada!... ¡Entre nosotros un entierro es mucho más magnífico que aquí una boda!

MOISÉS

Probablemente devoraréis a vuestros muertos. ¡Cuadraría bien con lo otro!

ARTAJERJES

Entonces, ¿tampoco será verdad que vuestra reina disolvió una vez en vino una perla más preciosa que todo el reino y que dió ese vino a un mendigo que se emborrachó con él?

MOISÉS

¡Eso no es verdad! ¡Alabado sea Dios!

ARTAJERJES

(*A* Jehú.) ¡Pues tú lo dijiste!

JEHÚ

Porque me pareció ser una honra para ella y porque se cuenta de la egipcia.

MOISÉS

¡Fuera!

ARTAJERJES

(Señalando a las rosas que trae JEHÚ.) ¡Rosas verdaderas! ¡Esas cuestan poco! En nuestro país son de plata y oro. Estas deben enviarse a donde las flores son tan preciosas como aquí el oro y la plata.

(Los SERVIDORES *se dispersan. Los* INVITADOS, *entre los cuales se halla* SOEMO, *han ido reuniéndose durante la última mitad de esta escena. Música. Baile.* SILO *y* JUDAS *se apartan de los otros y aparecen en primer término.)*

SILO

¿Qué quiere decir esto?

JUDAS

¿Qué ha de querer decir? Que regresa el rey. Y hoy mismo.

SILO

¿Crees tú?

JUDAS

¿Cómo puedes preguntarlo? ¿Hay, pues, algún

otro motivo para tal fiesta? ¡Ejercítate en hacer nuevas reverencias!

SILO

Se dice, sin embargo...

JUDAS

Embustes y mentiras, como siempre que se dice que le ha ocurrido algo malo; y muy natural, ya que hay tantos que le desean lo peor. ¿Se baila en una casa donde se llora a un muerto?

SILO

Pues entonces pronto será derramada mucha sangre; las cárceles están llenas desde la rebelión.

JUDAS

Lo sé mejor de lo que tú puedes saberlo; yo mismo arrastré a muchos adentro. Pues esta rebelión era tan absurda que todo aquel que no estuviera pensando en ahorcarse tenía que combatirla. Ya sabes que no amo a Herodes por muy profundamente que me incline ante él; pero tiene razón en esto: los romanos son harto poderosos contra nosotros; no somos mas que un insecto que está en las fauces de un león: no debe picarle, pues será tragado.

SILO

A mí sólo me da lástima del hijo de mi jardinero, que arrojó una piedra contra un águila romana y dió en el blanco.

JUDAS

¿Qué edad tiene?

SILO

¿Qué tiempo hace que me rompí la pierna?... Nació entonces, pues su madre no pudo cuidarme. Sí; justo... veinte años.

JUDAS

Entonces no le pasará nada. *(Aparecen* MARIENE *y* ALEJANDRA.) ¡La reina! *(Quiere irse.)*

SILO

¿A qué te refieres? Explícate.

JUDAS

¡Bueno! ¡En confianza! Porque tiene veinte años no le ocurrirá nada. Iríale mal si tuviera diez y nueve o veintiuno. El año próximo será ya de otro modo.

SILO

¡No bromees!

JUDAS

¡Como te lo digo! ¿Quieres saber por qué? El rey tiene un hijo de veinte años, pero no lo conoce. La madre, cuando lo abandonó, raptó al niño y juró solemnemente que lo corromperia...

SILO

¡Espantosa mujer! ¿Pagana?

JUDAS

Probablemente. De fijo no lo sé. Corromperlo de modo que tuviera él que matarlo. ¿Comprendes? Lo tengo por una locura, que ella habrá abandonado después del primer furor; mas a él le acobardó y desde entonces ninguna sentencia de muerte fué aún ejecutada en ningún hombre que tuviera la edad de su hijo. Consuela a tu jardinero. Pero resérvalo para ti. *(Vuelven a perderse entre los otros.)*

ESCENA V

ALEJANDRA *y* MARIENE *aparecen en primer término.*

ALEJANDRA

Entonces ¿no quieres refugiarte entre los romanos?

MARIENE

¿Para qué?

ALEJANDRA

Para asegurar tu vida.

MARIENE

¡La vida! ¡Es verdad! ¡Hay que asegurarla! ¡El dolor no tiene aguijón sin ella!

ALEJANDRA

Pues concédele por lo menos a la hora lo que le

es debido. Das una fiesta: pues muestra entre tus huéspedes un semblante alegre, como corresponde.

MARIENE

No soy instrumento músico ni blandón y no debo sonar ni lucir en ella. Por ello, tomadme como soy. ¡No! ¡No lo hagáis! ¡Incitadme a que aguce el hacha para mi cuello, ¡qué digo!, obligadme a que me regocije con vosotros! ¡Vamos, Soemo! *(A* SALOMÉ, *que entra en este momento y viene a su encuentro.)* ¿Tú, Salomé? Bienvenida más que ningún otro, a pesar de tus velos de luto. Apenas lo habría esperado.

ESCENA VI

SALOMÉ

Tengo que venir si quiero saber lo que ocurre. Fuí invitada para una fiesta; pero no se me dijo por qué era dada. Cierto que puedo sospecharlo; pero tengo que saberlo. Herodes vuelve ¿no es verdad? ¿Aun hoy mismo lo veremos? Los blandones dicen que sí, y la gozosa música. Hazlo tú también. No pregunto por mí. Pero tú sabes... No, no, tú no lo sabes, lo has olvidado; acaso has soñado que ya estaba enterrada; si no, no le hubieras ocultado la noticia; sólo que tu sueño te ha engañado; aun está sentada en el rincón donde se encontraba cuando te bendijo...

MARIENE

¿Qué dices?

SALOMÉ

¡Basta! ¡Aun tiene madre Herodes! Una madre que teme y se aflige por su hijo. Y yo te suplico: no le hagas expiar más tiempo el crimen de haberme parido también a mí; dale el consuelo que anhela su corazón.

MARIENE

¡No tengo ningún consuelo para su madre!

SALOMÉ

¿No tienes que esperar hoy a Herodes?

MARIENE

¡Muy lejos de eso! Oí decir que había muerto.

SALOMÉ

¿Y celebras esta fiesta?

MARIENE

¡Porque todavía vivo! ¿No debe uno alegrarse de vivir todavía?

SALOMÉ

¡No te creo!

MARIENE

¡Muchas gracias por tu duda!

SALOMÉ

Los blandones...

MARIENE

¿No están ahí para alumbrar?

SALOMÉ

Los címbalos...

MARIENE

Tienen que sonar. ¿Sabes otra cosa?

SALOMÉ

(Señalando a las ricas vestiduras de MARIENE.) Las joyas...

MARIENE

Mejor te estarían a ti, es cierto.

SALOMÉ

Todo esto denota...

MARIENE

¡Una alegre fiesta!

SALOMÉ

Sobre una sepultura...

MARIENE

¡Bien pudiera ser!

SALOMÉ

Entonces... Mariene, oye una grave palabra.

Siempre te he odiado; pero siempre me quedó una duda de si lo hacía con derecho, y con frecuencia me he acercado a ti arrepentida para...

MARIENE

¡Para besarme! ¡Hasta una vez lo has hecho!

SALOMÉ

Pero ahora veo que eres...

MARIENE

Lo bastante mala para dejarte plantada y mezclarme con la banda que comienza allí el baile. ¡Soemo!

SOEMO

(Le tiende el brazo.) ¡Reina!

MARIENE

Seguramente que así me vería Herodes cuando te dió la orden sangrienta. ¡Es maravilloso! ¡Todo ha llegado a cumplirse ahora! *(Al separarse de* SALOMÉ.*)* ¿Lo ves?

(Es llevada hacia el fondo por SOEMO, *donde ambos desaparecen.)*

SALOMÉ

Esta mujer es mucho peor aún de lo que yo imaginaba. ¡Algo quiere decir esto! Por ello tiene la

pintada piel de serpiente con que fascina a todos... ¡Sí! ¡Baila! ¡Vamos! ¡Ahora verdaderamente está tranquila mi conciencia! ¡Ningún ser humano en la tierra puede cometer injusticia con ella! *(Acecha a* MARIENE.)

ESCENA VII

ALEJANDRA *viene con* TITO.

ALEJANDRA

Tito, ves el duelo de mi hija.

TITO

¿Tendrá algún nuevo mensaje de Herodes?

ALEJANDRA

Sí. El mensaje de que está perdido.

TITO

(Mira hacia MARIENE.) ¡Y baila!

ALEJANDRA

Como si fuera novia en vez de viuda. Tito, hasta hoy anduvo cubierta de una máscara, y, observa esto, no es ella la única que lo hizo.

TITO

¡Muy bien para ella! Entonces seguirá siendo lo

que es. Si pertenece a los enemigos de Herodes no tendrá que expiar el ser su amiga.

ALEJANDRA

Para mostrar esto da esta fiesta. *(Aléjase de* Tito.)

TITO

¡Me horrorizo de estas mujeres! La una le corta la cabeza durante el sueño al héroe a quien aseguró primero con falsos besos, y la otra baila como frenética sobre la tumba del esposo sólo para conservar la corona. Seguramente que fuí invitado para que lo viera... *(Vuelve a mirar a* Mariene.) Sí, sí; lo veo y lo atestiguaré en Roma...; pero no bebo aquí ni una gota de vino.

SALOMÉ

¿Qué dices tú, Tito? ¿Tan mal están las cosas del rey que ya le es dado a ésa atreverse a todo?

TITO

Si inmediatamente antes de la batalla no tomó el partido de Octaviano y no ayudó además a dar a Marco Antonio el último golpe, cosa de que yo dudo, no están sus cosas bien.

SALOMÉ

¡Oh! ¡Ojalá lo haya hecho!... ¡Si ésa salvara su cabeza, ya no sabría yo por qué el Señor había dado

a lamer a los perros la sangre de la lasciva Jesabel! *(Piérdese entre los otros.)*

TITO

Aun sigue bailando. Pero no parece serle muy fácil. Tendría que sofocarse, y sin embargo palidece, como si en su pensamiento estuviera haciendo otra cosa y sólo involuntariamente siguiera la fila. Claro: tampoco aquella Judit habrá realizado su obra sin miedo. Y ésta de ahora aun tiene que sentir en sus labios el último beso del hombre de quien ahora reniega tan solemnemente. Además, no lo ha visto muerto... Se acerca.

(Vuelve a aparecer MARIENE. ALEJANDRA *y* SOEMO *la siguen.)*

ALEJANDRA

(A MARIENE.) Hablé con Tito.

MARIENE

(En una repentina vuelta descubre su imagen en un espejo.) ¡Ah!

ALEJANDRA

¿Qué tienes?

MARIENE

¡Ya una vez me he visto así en sueños!... Esto era lo que no me dejaba descansar hasta que encontré el rubí perdido que ahora enciende fulgores tan siniestros sobre mi pecho. La imagen estaría

incompleta sin él... ¡A ésta la sigue pronto la postrera!

ALEJANDRA

¡Serénate!

MARIENE

¡Déjame!... ¡Un espejo tal como éste! Al principio, empañado como por el vapor de la respiración; después, aclarándose suavemente como las imágenes que iba mostrando unas tras otras, y, por último, resplandeciente como acero pulimentado. Vi toda mi vida. Primero aparecí cuando niña, envuelta en tierna luz rosada que cada vez se hacía más roja, más sombría; entonces me eran desconocidos los propios rasgos y sólo a la tercera mutación me reconocí en el semblante, harto juvenil. Después vino la doncella y el momento en que Herodes me acompañaba en el florido jardín y me decía, adulador: «¡Ninguna hay tan hermosa que merezca ser cogida por tu mano!» ¡Ah! ¡Maldito sea él por haberlo olvidado tan por completo! ¡Tan por completo!... Después llegó a ser lúgubre y, contra mi voluntad, tenía que contemplar el porvenir. Me vi de una manera y de la otra, y finalmente tal como estoy aquí. *(A* ALEJANDRA.) ¿No es, pues, extraño que un sueño penetre así en la vida?... Después volvió a enturbiarse el claro espejo, la luz se hizo color ceniza, y yo misma, floreciente aún poco antes, me troqué en tan pálida como si bajo el esplendor de aquellos vestidos hiciera ya tiempo que me hubiera desangrado calladamente por todas

mis venas. Entróme un temblor de espanto y exclamé: «¡Después apareceré como esqueleto, y no quiero verlo!» Apartéme... *(Apártase del espejo.)*

VOCES HACIA EL FONDO

¡El rey!

(Conmoción general.)

ALEJANDRA

¿Quién?

ESCENA VIII

Entra HERODES *con arreos bélicos;* JOAB, *séquito.*

MARIENE

¡La muerte! ¡La muerte! ¡La muerte entre nosotros! ¡Inesperada, como llega siempre!

SALOMÉ

¡La muerte para ti! ¡Cierto! ¡Tú misma lo sientes! ¡Hermano mío! *(Quiere abrazar a* HERODES; *él la rechaza.)*

HERODES

¡Mariene! *(Acércase a ella.)*

MARIENE

(Le rechaza con un ademán violento.) ¡Saca la

espada! ¡Tiéndeme la copa del veneno! Eres la muerte, y la muerte abraza y besa con espada y veneno.

HERODES

(Vuélvese hacia Salomé.*)* ¿Qué quiere decir esto? Mil blandones me gritaban desde lejos a través de la noche: «Tu mensajero no fué cogido por los árabes, llegó, te esperan.» Y ahora...

SALOMÉ

¡Te han engañado los blandones! ¡Aquí se celebraba tu muerte! No llegó tu mensajero y ya tu madre ha rasgado sus vestiduras.

(Herodes *mira a su alrededor; descubre a* Tito *y le llama por señas.)*

TITO

(Se acerca.) Es así. Nadie podía aquí figurarse, ni siquiera yo mismo, que antes de la batalla de Accio hubieras abandonado a Antonio y te hubieras pasado a César, como la prudencia aconsejaba ciertamente. Tu regreso me demuestra que lo hiciste. ¡Está bien! Yo... te felicito.

MARIENE

(Se aproxima.) Y yo te compadezco por no habérsete presentado ocasión de degollar a Marco Antonio con tu propia mano. Así le hubieras mostra-

do mejor a tu nuevo amo que nada te importaba del antiguo; le habrías llevado la cabeza de tu amigo y él te la habría pagado con la corona.

HERODES

¡Avergüénzate, Tito! ¿También tú piensas así de mí? Bajé a la Arabia, como me lo había ordenado Antonio; pero no encontré allí ningún enemigo. Entonces me dirigí a Accio, y no fué culpa mía si llegué sobrado tarde. (*A* MARIENE.) Si él hubiera resistido, como yo creí que lo haría, entonces habría buscado ocasión de pagarle la corona con la cabeza de Octaviano. (*A* TITO.) ¡No lo hizo así! Ya estaba muerto cuando yo me presenté. Entonces ya no tenía necesidad de amigos, y me dirigí a Octaviano, cierto que no como rey...: dejé a un lado mi corona...; pero tampoco como mendigo. Saqué mi espada y le dije: «Quería emplearla contra ti y acaso la habría teñido con tu propia sangre si aun hubiera encontrado aquí mejor las cosas. ¡Esto se acabó! Ahora la inclino ante ti y me desarmo. Considera qué clase de amigo he sido, no de quién lo he sido; el muerto me dejó libre; puedo ahora, si quieres, ser amigo tuyo.»

TITO

¿Y él?

HERODES

El dijo: «¿Dónde tienes tu corona? Todavía quiero colocar en ella una piedra preciosa; toma la pro-

vincia que te falta; sólo debes sentir por mi generosidad que soy yo el vencedor y no Marco Antonio, que jamás se la habría quitado a Cleopatra, que la poseía hasta ahora; yo te la regalo.»

TITO

Lo que es eso... jamás lo habría pensado. No alabo otra cosa sino tu buena estrella.

HERODES

¡Oh Tito! ¡No la alabes! ¡Fuí reservado para duros trabajos! ¡Soemo! (SOEMO *sigue inmóvil donde estaba y no responde.)* ¿Me hiciste traición? ¡Te callas! ¡Ya sé bastante! ¡Oh! ¡Oh! ¡Lleváoslo fuera!

SOEMO

(Al ser conducido.) ¡No niego nada! ¡Pero bien puedes creer que te tuve por muerto! Haz lo que quieras ahora. *(Vase.)*

HERODES

Y todo acaba con la muerte, ¿no es verdad? ¡Sí! ¡Sí!... Tito mío, si hubieras conocido como yo a este hombre... no estarías tan tranquilo, tan sereno como estoy yo aquí ahora, sino que espumajeando, crujiendo los dientes y ardiendo en furor, dirías: *(A* MARIENE.) Mujer, ¿qué hiciste para llevarlo hasta tan lejos?... Tenías razón, Salomé; tengo que lavarme, lavarme... ¡Sangre! ¡Reuno el tri-

bunal al momento! *(A* Mariene.) ¿Guardas silencio? ¿Te envuelves en tu orgullo? ¡Ya sé por qué! ¡Aun no has olvidado lo que eras para mí! ¡Aún ahora me arrancaría con más facilidad el corazón del pecho..., como lo digo, Tito... *(Otra vez a* Mariene), que no a ti del corazón! ¡Pero lo hago!

MARIENE

(Volviéndose bruscamente.) ¿Estoy prisionera?

HERODES

¡Sí!

MARIENE

(A los soldados.) ¡Llevadme entonces! *(Dirígese a la puerta. A una seña de* Herodes *la sigue* Joab *con soldados.)* ¡La muerte no puede ser mi esposo por más tiempo! *(Vase.)*

HERODES

¡Ah! ¡Ah! Una vez le dije a ésa: dos criaturas que se aman como deben no pueden en modo alguno sobrevivirse una a otra, y si yo caigo en un lejano campo de batalla no se necesitará mensajero para anunciártelo: lo sentirás en seguida que haya acaecido y sin herida alguna morirás de la mía. ¡Tito, no te mofes de mí!... ¡De ese modo! ¡De ese modo!... ¡Sólo que las criaturas no se aman así! *(Vase.)*

ACTO QUINTO

Gran sala de audiencia como en el primer acto. Se ven el trono y la mesa de los jueces.

ESCENA PRIMERA

HERODES *y* SALOMÉ

HERODES

¡Basta! ¡Basta! ¡He citado a juicio y cumpliré la sentencia! ¡Yo, yo mismo, que antes temblaba ante cada acceso de fiebre aunque sólo atacara a su doncella, yo mismo armo la muerte contra ella! ¡Bástete esto! Si tu celo ni aun ahora te deja tranquila, va a errar su blanco: pensaré que sólo el odio habla por tu boca y te rechazaré como testigo, aunque deje valer como tales a cada blandón que ha ardido y cada flor que ha aromado.

SALOMÉ

¡Herodes! ¡No quiero negarlo! En otro tiempo acechaba sus defectos y los hacía más grandes, como hacías tú mismo con las virtudes que descubrías en ella. ¿Es que el orgullo con que siempre se acer-

caba a mí y a tu madre era un motivo para amarla? Se hacía pasar por un ser de especie superior, lo que jamás despertaba en mí sino este pensamiento: «¿Para qué existirá el librote que nos refiere las hazañas de los Macabeos? ¡Ella misma lleva la crónica en su semblante!»

HERODES

Quieres desmentirme y confirmas la sentencia por mí pronunciada.

SALOMÉ

¡Oyeme hasta el final! Era así, no te lo niego. ¡Pero si yo ahora dijera más de lo que sé y pienso y siento! ¡Sí! ¡Si por fraternal compasión no encerrara aún en mi pecho la mitad de aquello que podría decir, que mi hijo (¡si lo querré yo!), que mi hijo viva tantos años como cabellos tiene en su cabeza y cada día le traiga tantos dolores como minutos, como segundos tiene...!

HERODES

¡Espantoso juramento!

SALOMÉ

Y sin embargo me cuesta menos trabajo que decir: la noche está oscura. Mi vista podía haber enfermado; pero es imposible que el oído estuviera enfermo al mismo tiempo, y el instinto, el corazón

y cada uno de los órganos en que se basa mi juicio. Y todos conciertan esta vez de tal modo entre sí, como si en modo alguno pudieran contradecirse. Si en la noche de fiesta Dios me hubiera gritado desde las alturas del cielo: «¿De qué calamidad debo librar a vuestra tierra? Queda a tu elección», no habría mencionado a la peste, sino a tu mala mujer. ¡Me estremecía de horror ante ella! ¡Me parecía como si en las tinieblas hubiera tendido mi mano humana a un demonio del infierno y él se mofara de mí por ello, saliendo con su espantosa figura propia de dentro del robado cuerpo de carne y sangre, enseñándome los dientes a través de las llamas! Tampoco era yo la única que se horrorizaba; hasta el broncíneo romano, Tito, estaba espantado.

HERODES

Cierto, y ése pesa más que tú misma en mi juicio, pues como no ama a nadie, a nadie odia tampoco, y es justo como un espíritu sin sangre. Déjame ahora, porque lo espero.

SALOMÉ

¡No! ¡Nunca olvidaré aquella danza en que hería el suelo al compás de la música como si supiera de fijo que tú yacías bajo él! ¡Como hay Dios que no quería, que no debía decírtelo! Pues bien sé lo profundamente que tiene que indignarte, ya que le has sacrificado madre, hermana y todo lo posible. ¡Pero era así! *(Vase.)*

ESCENA II

HERODES, *solo.*

¡Tito me dijo lo mismo! ¡También yo vi bastante! ¡Y tiene razón ésta! Le he sacrificado a la hermana y casi también a la madre; ¿no pesarán tanto como el hermano que perdió ella? ¡A sus ojos, no!

ESCENA III

Entra TITO.

HERODES

¿Qué hay, Tito, qué hay? ¿Confiesa Soemo?

TITO

¡Lo que sabes! ¡No más!

HERODES

Nada de...

TITO

¡Oh, no! Se puso frenético cuando lejanamente aludí a ello.

HERODES

Podía esperarlo.

TITO

Dice que jamás existió una mujer como la tuya y

que jamás un hombre ha sido menos digno de la joya que le destinó Dios...

HERODES

De lo que lo fuí yo. ¡Sí! ¡Sí!... «No sabía lo que valen las perlas y por eso se las he quitado», dijo el ladrón. No sé si le sirvió de algo.

TITO

Dice que su corazón es más noble que el oro...

HERODES

¿Tan bien lo conoce? ¡Está embriagado y alaba el vino! ¿No es esto prueba de que ha bebido? ¿Qué pretextos alega? ¿Por qué le reveló traidoramente mi mandato?

TITO

Dice que por horror.

HERODES

¿Por horror? ¿Y cómo no me manifestó ese horror a mí?

TITO

¿Le habría aprovechado? ¿Hubieras dejado tú con vida al terco servidor que recibiera un mandato tuyo y lo rechazara?

HERODES

¿No habría sido suficiente en tal caso dejar sin cumplir el mandato?

TITO

¡Sin duda! Pero si fué más adelante lo hizo quizá porque ya le parecías perdido y porque quería comprar a costa tuya el favor de la reina, de cuyas manos pendía su porvenir.

HERODES

No, no, Tito. Soemo era hombre para atreverse en propia persona al golpe que hace superfluo para nosotros el favor ajeno. Sólo por eso lo comisioné a él; pensaba: «Lo hará por él, si no lo hace por ti.» ¡Sí! Si hubiera sido más apocado de lo que era y no hubiera tenido en Roma tantos amigos, querría creerlo; pero en este caso... ¡No, no! ¡Hubo otras razones!

TITO

Y sin embargo no lo confiesa...

HERODES

No sería lo que es si lo hiciera, porque sabe muy bien lo que viene detrás, y con sus negativas aun espera despertar en mi pecho una última duda que proteja de la muerte la cabeza de esa mujer, ya que no la suya propia. Pero se equivoca: a la duda le falta el aguijón, pues si nada tuviera que castigar en lo que ella hizo, castigo lo que ella era y lo que es. ¡Ah! ¡Si alguna vez hubiera sido lo que parecía, jamás hubiera podido cambiar tanto! ¡Y yo tomo venganza de la hipócrita! ¡Sí, sí, Tito!

¡Lo juro por las llaves del Paraíso que tiene ella en sus manos! ¡Por todas las dichas que me dió y que aun pudiera darme! ¡Sí! ¡Por el estremecimiento de horror que me advierte que en ella me extermino a mí mismo! ¡Lo realizaré, suceda lo que quiera!

TITO

Es demasiado tarde para gritarte previsoramente: «¡No des la orden!» Y yo mismo no conozco ningún medio que pueda llevar a la luz; por eso no me atrevo a decirte: «Detente».

ESCENA IV

Entra JOAB.

HERODES

¿Están ahí?

JOAB

¡Hace ya tiempo! Pero tengo que comunicarte lo que me parece importante de lo que ocurre en la prisión. No se consigue llevar a Sameas hasta el punto de que se dé muerte a sí mismo.

HERODES

Dí orden de que lo martirizaran hasta que lo hiciera. *(A* TITO.*)* Oí que tiene jurado que se matará a sí mismo si no me hace su igual, si no consigue

romper mi paganismo, como él dice. Como fracasó en esto, le obligo a que cumpla su juramento: mil veces tiene merecida la muerte.

TITO

Yo mismo la hubiera solicitado, pues me ha injuriado gravemente, y a Roma en mi persona, y eso puede ser dispensado en todas partes menos aquí, donde tan indómito es el pueblo.

HERODES

(A JOAB.) ¡Adelante!

JOAB

Se siguieron fielmente tus instrucciones, pero no sirvió de nada. El verdugo le ha infligido casi todos los posibles tormentos, e irritado por su terquedad, que toma por befa, le ha añadido además otras heridas; pero es como si hubiera azotado a un árbol, como si hubiera cortado madera: el viejo está allí como si no sintiera nada; canta en vez de gritar y coger el cuchillo que le mantienen delante; canta aquel salmo que entonaron en otro tiempo los tres varones en el horno ardiente; a cada nuevo dolor alza más la voz, y cuando cesa de cantar, profetiza.

HERODES

(Aparte.) ¡Sí! ¡Así son!... ¿Y será ella de otra manera?

JOAB

Entonces, como si tuviera tantos ojos para las cosas secretas y maravillosas cuantas son sus heridas, clama que los tiempos están cumplidos y que en este santo instante la Virgen Madre de la raza de David coloca en el pesebre a su Hijo, el cual derrocará tronos, resucitará muertos, arrancará las estrellas del cielo y regirá el mundo por toda la eternidad de eternidades. El pueblo entre tanto se junta a millares y permanece inmóvil ante la puerta de la prisión; oye todo esto y cree que va a descender el carro de fuego de Elías para arrebatarlo al cielo, como a aquél. Hasta un ayudante del verdugo se llenó de espanto, y en vez de causarle nuevas heridas le curó las ya hechas.

HERODES

Hay que matarlo en el acto y mostrárselo al pueblo cuando ya esté muerto... Que entren los jueces y...

JOAB

¡Y la reina! *(Vase.)*

HERODES

Tito, tú te sentarás a mi lado. También he invitado a su madre para que no le falte esa testigo.

ESCENA V

Entran Aarón *y los otros cinco jueces.* Alejandra *y* Salomé *los siguen.* Joab *aparece tras ellas.*

ALEJANDRA

¡Yo te saludo, mi rey y señor!

HERODES

¡Te doy gracias por ello! *(Siéntase en su trono.* Tito *toma asiento a su lado. Después, a una señal de* Herodes, *los jueces se sientan en semicírculo alrededor de la mesa.)*

ALEJANDRA

(Mientras tiene lugar esto.) ¡Aparto mi suerte de la de Mariene y me reservo para el porvenir como una antorcha! *(Se sienta junto a* Salomé.)

HERODES

(A los jueces.) ¡Ya sabéis por lo que os hice llamar!

AARÓN

¡Sumidos en el más profundo dolor comparecemos ante ti!

HERODES

¡No dudo de ello! Todos estáis unidos conmigo y con mi casa por estrechos lazos de amistad y

parentesco, y lo que a mí me hiere os hiere a vosotros. Os alegrará si os es posible hacer que la reina... *(Se detiene.)* ¡Perdonad! Os alegrará si no tenéis que condenarla, si os es dado devolverla a mi casa en vez de enviarla al Gólgota; pero no temblaréis, cobardes, ni ante lo más extremo, si fuera necesario; pues así como compartís conmigo la dicha y la desgracia, también compartís honra e ignominia. ¡Principiemos, pues! *(Hace un signo a* JOAB. *Vase* JOAB. *Después vuelve a aparecer con* MARIENE. *Pausa larga.)* ¡Aarón!

AARÓN

¡Reina! ¡Nuestra misión es dolorosa! ¡Te encuentras delante de tus jueces!

MARIENE

Delante de mis jueces, sí. Y también delante de nosotros.

AARÓN

¿Rechazas este tribunal?

MARIENE

¡Veo aquí otro más alto! Hablaré si ése me permite que responda a vuestras preguntas y guardaré silencio si me lo prohibe... Apenas os ven mis ojos, pues detrás de vosotros se alzan espíritus que me contemplan graves y mudos: son los grandes antepasados de mi raza. Ya por tres noches los he visto

en sueños; ahora también vienen de día, y bien comprendo lo que esto significa: que se ha abierto ya para mí la danza de los muertos y que lo que vive y respira se borra de mi vista. Allí, detrás de aquel trono en que parece sentarse un rey, se alza Judas Macabeo. ¡Héroe de los héroes, no dejes caer sobre mí tan foscas miradas! ¡Debes quedar contento de mí!

ALEJANDRA

¡No seas demasiado orgullosa, Mariene!

MARIENE

¡Madre! ¡Adiós!... *(A* AARÓN.) ¿De qué soy acusada?

AARÓN

De... haber engañado a tu esposo y rey. *(A* HERODES.) ¿No es así?

MARIENE

¿Cómo? ¿Engañado? ¡Imposible! ¿No me encontró como pensaba encontrarme? ¿No me encontró en danzas y fiestas? ¿Acaso derramé llanto? ¿Me arranqué los cabellos? Entonces le habría engañado; pero no lo hice y puedo demostrarlo. ¡Habla tú, Salomé!

HERODES

La encontré como ella dice. No necesita girar la vista alrededor en busca de otro testigo. ¡Pero jamás, jamás lo habría pensado!

MARIENE

¿Jamás lo habría pensado? Y sin embargo, pegado a mi espalda deja puesto un verdugo enmascarado. ¡Eso no es posible! Tal como al partir aparecía yo ante su espíritu, así me ha encontrado al regresar. ¡Por eso tengo que negar que le haya engañado!

HERODES

(Prorrumpiendo en una carcajada salvaje.) ¡No me ha engañado porque no ha hecho otra cosa sino lo que me hacían temer el presentimiento y las sospechas! ¡Cómo se lo agradezco a los lúgubres admonitores!... *(A* MARIENE.) ¡Mujer! ¡Mujer! ¡Esto es propio de ti! Pero no confíes demasiado en que yo haya perdido mi fuerza con la felicidad y la calma; acaso me quede aún un resto para vengarme y... ya cuando mozo siempre disparaba una flecha tras el ave que se me escapaba.

MARIENE

¡No hables de presentimiento y sospecha; habla sólo de temor! ¡Temblabas ante lo que merecías! ¡Eso es humano! Ya no puedes confiar en la hermana desde que has dado muerte al hermano; me has infligido lo más cruel, y crees ahora que tengo que corresponder del mismo modo, hasta sobrepujarte. ¿O es que siempre que saliste al encuentro de la muerte en leal guerra franca dejaste detrás de mí al verdugo? ¡Guardas silencio! ¡Está bien! Ya que tú mismo sientes tan profundamente lo que

es decoroso que yo haga; ya que tu miedo me ilustra sobre cuál es mi deber, quiero cumplirlo por fin religiosamente y me aparto de ti por toda la eternidad.

HERODES

¡Responde! ¿Confiesas tu culpa? ¿O no lo haces? (MARIENE *guarda silencio.* HERODES *a los jueces.)* ¡Como veis, falta su confesión! ¡Y tampoco tengo pruebas como os son necesarias! Pero ya una vez habéis condenado a muerte a un asesino porque se encontró sobre él una joya del degollado. De nada sirvió que os mostrara sus bien lavadas manos; de nada que os jurara que el muerto se la había regalado: ¡hicisteis ejecutar la sentencia! ¡Bueno! ¡Aquí ocurre lo mismo! Tiene en su poder una joya que me atestigua de modo indubitable, como no podría hacerlo ninguna lengua humana, que cometió contra mí el crimen de los crímenes. Si fuera de otro modo, no sólo tendría que haber ocurrido un milagro, sino que tendría que haberse repetido. ¡Y aun no se repitieron jamás los milagros! *(Agítase* MARIENE.) Cierto que ella dirá, como decía el asesino: «¡Me lo han regalado!» Y hasta le es lícito atreverse a ello, pues una cámara es muda como un bosque. Pero si os sintierais tentados a creérselo, opongo yo al vuestro mi íntimo convencimiento y las leyes de la posibilidad, y solicito su muerte. ¡Sí, su muerte! No quiero apurar el cáliz de asco que me brinda su orgullo; no quiero atormentarme día tras día con el enigma

de si tal orgullo es el más repulsivo semblante de la inocencia o la más desvergonzada máscara del pecado; cueste lo que cueste, quiero salvarme, antes de que me ahogue, de este torbellino de amor y odio. Por lo tanto, ¡fuera con ella!... ¿Aun vaciláis? ¡Lo dicho!... ¿Cómo? ¿O es que me equivoco? ¡Hablad! Sé que el silencio me corresponde a mí. Pues hablad, hablad. ¡No estéis ahí como Salomón entre las madres de los dos niños! ¡El caso es claro! ¡No necesitáis para la sentencia mas que lo que veis! ¡Una mujer que puede estar ahí así como ella merece la muerte aunque se encontrara limpia de toda culpa! ¿Aun no decís nada? ¿Acaso queréis antes una prueba de lo firmemente convencido que estoy yo de que me ha engañado? ¡Os la daré con la cabeza de Soemo! ¡Y al momento! *(Dirígese a* JOAB.)

TITO

(Levantándose.) ¡A esto no le llamo yo un juicio! ¡Permitidme!... *(Quiere irse.)*

MARIENE

Quédate, romano; yo lo tengo por válido. ¡Quién lo recusará si yo no lo hago! (TITO *vuelve a sentarse. Se pone en pie* ALEJANDRA. MARIENE *se acerca a ella. A media voz.)* Me has hecho mucho daño. Jamás has medido tu dicha por la mía. ¡Si he de perdonártelo, guarda silencio ahora! ¡Nada cambiarás! ¡Mi resolución está tomada! (ALEJANDRA *vuelve a sentarse.)* ¡Acabemos, jueces!

AARÓN

(A los otros.) Quien de vosotros no tenga por justa la sentencia del rey, que se levante. *(Todos permanecen sentados.)* Por lo tanto, todos habéis fallado la muerte. *(Se levanta.)* Estás condenada a muerte, reina... ¿Aun tienes algo más que decir?

MARIENE

Si el verdugo no está avisado anticipadamente y no me espera ya con el hacha, antes de la muerte querría tener una conversación con Tito. *(A* HERODES.) Se suele no desatender el último ruego del moribundo. Si lo concedes, acrézcase tu vida con la mía.

HERODES

Aun no está avisado el verdugo..., puedo hacerlo. Y ya que por ello me ofreces la eternidad por recompensa, debo y quiero hacerlo. *(A* TITO.) ¿No es terrible esta mujer?

TITO

Alzase delante de un hombre como a ninguna otra le sería dado hacerlo. ¡Acaba pronto, por ello!

SALOMÉ

(Adelántase.) ¡Oh! ¡Hazlo! ¡Tu madre está mortalmente enferma! ¡Sanará si alcanza el cumplimiento de esa sentencia!

HERODES

(A ALEJANDRA.) ¿No decías tú algo?

ALEJANDRA

¡Nada!

(HERODES *mira largo tiempo a* MARIENE. MARIENE *permanece silenciosa.)*

HERODES

¡Muere! *(A* JOAB.) ¡La pongo en tus manos! *(Vase rápidamente.* SALOMÉ *le sigue.)*

ALEJANDRA

(Siguiéndole con la vista.) ¡Aun tengo una flecha para ti! *(A* MARIENE.) ¡Así lo has querido!

MARIENE

¡Te doy las gracias! *(Vase* ALEJANDRA.)

AARÓN

(A los otros jueces.) ¿No trataremos aún de ablandarle? ¡Esto es espantoso para mí! ¡Es la última de los Macabeos! ¡Si alcanzáramos primero un breve aplazamiento! No nos podríamos haber opuesto ahora; pero pronto el mismo rey ha de ser otro hombre, y es posible que entonces nos castigue por no haberle opuesto hoy resistencia ¡Vayamos tras él! *(Vanse.)*

JOAB

(Aproxímase a Mariene.) ¡Perdóname! ¡Tengo que obedecer!

MARIENE

¡Haz lo que te ordenó tu señor, y hazlo de prisa! ¡Estaré dispuesta tan pronto como lo estés tú mismo, y ya sabes que las reinas no esperan! *(Vase* Joab.)

ESCENA VI

MARIENE

(Acércase a Tito.) Una sola palabra antes de irme a dormir, mientras mi último camarero me prepara el lecho. Te asombras, bien lo veo, de que te dirija a ti esta palabra y no a mi madre; pero mi madre está muy lejos de mí y es para mí una extraña.

TITO

Me asombro de que una mujer pueda enseñarme cómo, cuando llegue mi vez, debo morir yo como hombre. Sí, reina; tu conducta me parece siniestra, no te lo oculto, y hasta tu propia persona; pero tengo que venerar el ánimo heroico que te permite apartarte de la vida como si el hermoso mundo, en tus últimos pasos, no te pareciera digno ni de una rápida mirada, y este valor me reconcilia casi contigo.

MARIENE

¡No hay tal valor!

TITO

Cierto que me han dicho que vuestros sombríos fariseos predican que en la muerte comienza la vida verdadera, y que quien los cree desprecia todo mundo en el cual no brille el eterno sol mientras todo lo demás se pierde en la noche.

MARIENE

¡Jamás los atendí ni creí en ellos! ¡Oh, no! ¡Bien sé a lo que tengo que renunciar!

TITO

Entonces te alzas ahí como apenas el mismo César supo hacerlo cuando recibió la cuchillada de mano de Bruto, pues él, harto orgulloso para mostrar su dolor y no lo bastante fuerte para ahogarlo, se cubrió el rostro al caer, mientras que tú encierras tu pena en el pecho.

MARIENE

¡No sigas! ¡No sigas! ¡No es lo que tú crees! Ya no siento ningún dolor, porque para el dolor se necesita vida y la vida se ha extinguido en mí; ha largo tiempo que ya no soy mas que una cosa intermedia entre criatura humana y fantasma, y apenas concibo cómo pueda aún morir... Escucha ahora lo que quiero confiarte; pero prométeme primero, como hombre y como romano, que lo ocultarás hasta

que yo haya caído bajo la cuchilla y que me acompañarás al ir a su encuentro. ¿Vacilas? ¿Exijo demasiado de ti? ¡No es por temor a los tropezones! Y si más tarde has de hablar o has de guardar silencio, ¡decídelo tú mismo! No te obligo a nada y hasta evito el decirte cuál sería mi deseo. Mas te he escogido a ti porque siempre te has mantenido entre nosotros como una efigie de bronce en un incendio: fríamente sereno has escudriñado nuestro infierno. A ti tienen que creerte si das testimonio de algo; somos para ti como de una especie distinta con la cual no te une ningún lazo; hablas de nosotros como hablamos de plantas y piedras remotas: imparcialmente, sin amor, sin odio.

TITO

¡Vas demasiado lejos!

MARIENE

Si ahora tú, harto inflexible, me niegas tu promesa, me llevaré mi secreto a la tumba y tendré que carecer del último consuelo de que en el pecho de una criatura humana se conserve de mí una imagen pura y sin mancha, y de que si el odio se atreve a lo más cruel, pueda esa criatura levantar el velo que cubre esa imagen, por sentimiento del deber y respeto a la verdad.

TITO

¡Está bien! ¡Te lo prometo!

MARIENE

¡Sabe, pues, que es cierto que he engañado a Herodes; pero de otro modo, de muy otro modo de como él se lo imagina! ¡Le he sido tan fiel como su propia persona! ¿Por qué he de injuriarme? ¡Mucho más fiel, pues él hace ya tiempo que es otro del que era! ¿Tendré que asegurarlo con juramento? Antes me decidiría a jurar que tengo ojos, manos y pies. Podría perder éstos y aun sería lo que soy; ¡pero no perdiendo alma y corazón...!

TITO

Te creo y haré...

MARIENE

¡Lo que me has prometido! ¡No lo dudo! Imagínate ahora lo que yo sentiría cuando por segunda vez me dejó bajo la amenaza de la espada, pues la primera ya se la había perdonado; cuando tuve que decirme: «Tu sombra se parece más a ti que no la torpe imagen tuya que lleva él en su más íntima entraña.» Ya no lo soporté. ¿Cómo hubiera podido hacerlo? Agarré mi puñal, y al impedírseme el suicidio, aturdidamente intentado, hube de jurarle: «¿Quieres ser mi verdugo después de muerto? ¡Serás mi verdugo, pero en vida! ¡Has de matar a la mujer que imaginaste en mí y sólo después de muerta verme como soy!...» Estuviste en mi fiesta. Ahora bien: allí bailó una máscara.

TITO

¡Ah!

MARIENE

Una máscara estuvo delante del tribunal; para una máscara afilan ahora el hacha; pero me herirá a mí misma.

TITO

Estoy conmovido, reina; no te acuso de injusticia; pero tengo que decirte que me has engañado a mí propio; me llenaste de tanto espanto y horror con tu fiesta como de angustiosa admiración ahora. Y si esto me ocurrió a mí, ¿cómo no hubiera debido obscurecerse el resplandor de tu ser para aquel cuyo corazón agitado de pasiones es tan incapaz de espejar las cosas tal como son como lo es un revuelto torrente? Por eso también por él siento profunda lástima y encuentro harto severa tu venganza.

MARIENE

¡La ejerzo a mi propia costa! ¡Y que no fué por la vida por lo que me indigné al ser destinada a víctima de sacrificio lo demuestro arrojando de mí la vida!

TITO

¡Relévame de cumplir mi palabra!

MARIENE

Aunque la quebrantaras no cambiarías ya nada. Un hombre puede hacer morir a otro; pero ni el más poderoso fuerza al más débil a que siga viviendo. Y yo estoy cansada, envidio ya a las piedras,

y si el fin de la vida es que se la odie y se aprenda a preferir la muerte eterna, ya está alcanzado en mí. ¡Oh! ¡Si excavaran mi sepulcro en roca que jamás se deshiciera, y lo arrojaran al abismo del mar para que hasta mis restos fueran arrebatados por toda la eternidad a los elementos!

TITO

¡Vivimos en un mundo de apariencias!

MARIENE

Ahora lo veo y por eso salgo de él.

TITO

Yo mismo he testimoniado contra ti.

MARIENE

Para que lo hicieras te invité a la fiesta.

TITO

Si le dijera lo que me has dicho...

MARIENE

Me mandaría volver atrás, no lo dudo. Y si le obedeciera, mi premio sería que desde ahora tendría que estremecerme de cada uno que se me acercara y decirme: «¡Ten cuidado! ¡Puede ser tu tercer verdugo!» ¡No, Tito, no! ¡No ha sido cosa de juego! ¡No hay vuelta atrás posible para mí! Si la hubiera,

¿crees tú que no la habría descubierto al darles el adiós eterno a mis hijos? Si no me impulsara otra cosa sino puro orgullo, como él piensa, el dolor de la inocencia habría roto esa terquedad, mientras que ahora sólo sirve para hacerme más amarga la muerte.

TITO

¡Oh! ¡Si él conociera esto y viniera espontáneamente y se arrojara a tus pies...!

MARIENE

¡Sí! ¡Entonces habría vencido al demonio y podría decírselo todo! Pues yo no debería regatear indignamente con él por una vida que, por el precio a que tengo que comprarla, tiene que perder para mí todo valor; debería recompensarlo por su victoria y, créemelo, ¡sabría hacerlo!

TITO

¿No sospechas nada, Herodes?

(Joab *entra calladamente y permanece inmóvil y en silencio.)*

MARIENE

¡No! ¡Ya ves a quién me envía! *(Señalando a* Joab.)

TITO

Permíteme...

MARIENE

¿No me has comprendido, Tito? ¿Aun es para ti un orgullo lo que me cierra la boca? ¿Puedo aún vivir? ¿Puedo aún vivir con aquel que ni una sola vez honra ya en mí la imagen de Dios? Y si sólo con callar puedo invocar a la muerte y armarla, ¿debería quebrantar mi silencio? ¿Debería más bien cambiar un puñal por otro? ¿Habría sido mejor?

TITO

Tienes razón.

MARIENE

(A JOAB.) ¿Está todo dispuesto? (JOAB *se inclina.* MARIENE, *hacia las habitaciones de Herodes.)* ¡Herodes, adiós! *(Hacia la tierra.)* ¡Salúdote, Aristóbulo! ¡Al momento estaré contigo en la noche eterna!

(Se precipita hacia la puerta. Abrela JOAB. *Se ven gentes armadas que abren calle respetuosamente. Sale la reina.* TITO *la sigue.* JOAB *se une a ellos. Pausa solemne.)*

ESCENA VII

SALOMÉ

(Entra.) ¡Se fué! ¡Y sin embargo no palpita mi corazón! ¡Nueva señal de que merece su suerte! ¡Así recobro por fin a mi hermano y mi madre a su hijo! Bueno fué que no me haya apartado yo de su

lado. Si no los jueces le habrían hecho mudar de opinión. No, no, Aarón, nada de prisión. Ni una sola luna habría permanecido en el calabozo. Sólo el sepulcro la guardaıá firmemente, pues sólo para el sepulcro carece él de llaves.

ESCENA VIII

UN SERVIDOR

Están aquí tres reyes del Oriente ricamente cargados de preciosos presentes; llegan en este momento, y jamás se han visto aún figuras tan extrañas ni tan asombrosos atavíos como los suyos.

SALOMÉ

¡Hazlos entrar! *(Vase el* SERVIDOR.) Se los anunciaré en seguida. Mientras estén con él no piensa en su mujer. ¡Y pronto se habrá acabado todo para ella!

(Entra en las habitaciones de Herodes. El SERVIDOR *introduce a los* TRES REYES. *Vienen extrañamente vestidos y en forma tal que cada uno se diferencia totalmente de los otros. Los acompaña un rico cortejo, al cual es aplicable lo dicho. Oro, incienso y mirra. Inmediatamente después entra* HERODES *con* SALOMÉ.)

PRIMER REY

¡Salve, rey!

SEGUNDO REY

¡Bendita es tu casa!

TERCER REY

¡Bendita por toda la eternidad!

HERODES.

¡Os doy las gracias! ¡Pero para esta ocasión me parece extraño el saludo!

PRIMER REY

¿No te ha nacido un hijo?

HERODES

¿A mí? ¡No! ¡Mi esposa fallece!

PRIMER REY

¡Entonces no es aquí nuestra estada!

SEGUNDO REY

¡Entonces aun hay aquí otro rey!

HERODES

¡No lo sería yo en ese caso!

TERCER REY

¡Entonces aun hay aquí, fuera de la tuya, otra segunda estirpe real!

HERODES

¿Por qué?

PRIMER REY

¡Eso es!

SEGUNDO REY

Sí; así tiene que ser.

HERODES

Tampoco sé nada de eso.

SALOMÉ

(A HERODES.) Aun se conserva en Belén una rama de la familia de David.

TERCER REY

¿Fué rey David?

HERODES

¡Sí!

PRIMER REY

¡Bajemos entonces a Belén!

SALOMÉ

(Sigue hablando a HERODES.) Pero sólo se propaga por mendigos.

HERODES

¡Bien lo creo! Si no...

SALOMÉ

Hablé una vez con una doncella de la casa de David; creo que se llamaba María; me pareció, por su hermosura, digna de su ascendencia; pero estaba desposada con un carpintero, y apenas alzó los ojos hacia mí cuando le pregunté su nombre.

HERODES

¿Oís esto?

SEGUNDO REY

¡Es igual! ¡Iremos!

HERODES

Pero me manifestaréis primero qué os ha traído aquí.

PRIMER REY

¡La adoración al Rey de los reyes!

SEGUNDO REY

¡El afán de contemplar su semblante antes de nuestra muerte!

TERCER REY

¡El sagrado deber de poner, reverentes, a sus pies lo más precioso de la tierra!

HERODES

Mas ¿quién os habló de él?

PRIMER REY

¡Su estrella! No hemos emprendido juntos nuestro viaje; no sabíamos nada unos de otros; nuestros reinos se tienden al Este y al Oeste; los mares circulan entre ellos, elevadas montañas los separan...

SEGUNDO REY

Mas habíamos visto la misma estrella, se había apoderado de nosotros idéntico afán, recorrimos el mismo camino, y al final llegamos juntos al mismo término...

TERCER REY

Y sea hijo de rey o de mendigo el niño cuya vida ilumina esa estrella, será ensalzado altamente y ningún hombre respirará ya sobre la tierra que no se incline ante él.

HERODES

(Aparte.) ¡Así habla también el viejo libro! *(En voz alta.)* ¿Puedo ofreceros un guía que os conduzca a Belén?

PRIMER REY

(Señalando al cielo.) ¡Ya lo tenemos!

HERODES

¡Bien!... Cuando hayáis descubierto al niño, ¿me lo haréis saber a fin de que también yo pueda honrarle?

PRIMER REY

¡Así lo haremos! ¡Adelante ahora! ¡A Belén! *(Vanse todos.)*

HERODES

¡No lo harán! *(Entran* JOAB *y* TITO. ALEJANDRA *los sigue.)* ¡Ah!

JOAB

¡Está ejecutado!

(HERODES *se cubre con las manos el rostro.)*

TITO

¡Murió! ¡Es verdad! Pero yo tengo ahora una misión aún mucho más terrible que la que consumó tu sentencia sangrienta: tengo que decirte que murió inocente.

HERODES

¡No, no, Tito! (TITO *quiere hablar.* HERODES *se le acerca.)* Pues si eso fuera no la hubieras dejado morir.

TITO

¡Nadie podía impedirlo mas que tú mismo!... Me duele tener que ser más que verdugo para ti; pero si es un sagrado deber el enterrar a un muerto, quienquiera que sea, aun es deber más sagrado el de purificarlo de la deshonra si no la merece, y este deber es lo único que me impulsa a mí ahora.

HERODES

En todo lo que dices no veo mas que una cosa: su arte de hechizar le fué fiel hasta la muerte. ¿Por qué he de guardarle aún rencor a Soemo? ¿Cómo había de resistir a una fascinación plenamente viva que aun al extinguirse te inflamó a ti?

TITO

¿Van los celos hasta más allá de la misma tumba?

HERODES

Si me engañé, si por tu boca no hablara ahora algo más que una compasión que es demasiado profunda para no ser más que eso, entonces tendría que advertirte que tu testimonio me ayudó a condenarla y que hubiera sido deber para ti el prevenirme tan pronto como se te presentó la duda más leve.

TITO

Me detuvo el tener empeñada mi palabra; y más que eso, la inexorable necesidad. Si sólo un paso me hubiera apartado de ella, entonces se habría dado por sí misma la muerte; vi el puñal escondido en su pecho y más de una vez se dirigió a él su temblorosa mano. *(Pausa.)* ¡Quería morir y tenía que hacerlo! Sufrió y perdonó cuanto podía sufrir y perdonar; he visto su interior. Quien hubiera deseado más no ha de querellarse con ella, sólo ha de querellarse con los elementos que de tal modo

estaban en ella mezclados que no podía seguir más adelante. ¡Pero que también me muestre la mujer capaz de ir más adelante de lo que fué ella! (Herodes *se agita.)* Quería la muerte de tus manos, y evocó en su fiesta el brutal fantasma de tus celos, jugueteando con el suicidio y engañándonos a todos bajo una falsa apariencia. Me pareció severo, pero no injusto. Como máscara se presentó ante ti, la máscara debía incitarte a que la atacaras con tu espada. *(Señala a* Joab.) ¡Lo hiciste, y ella misma y no la máscara fué la muerta!

HERODES

Así dijo. Pero lo dijo por venganza.

TITO

Es como lo digo. He declarado contra ella. ¡Cuánto quisiera poder dudar!

HERODES

¿Y Soemo?

TITO

Le encontré en el sendero de la muerte; empezaba a recorrer el suyo cuando ya ella había terminado, y le parecía un consuelo que su sangre se mezclara con la de la reina, aunque sólo fuera en el tajo por mano del verdugo.

HERODES

¡Ah! ¿Ves?

TITO

¿Qué? Acaso en secreto se haya abrasado por ella. Pero si en esto hubiera pecado, sería de él, no de la reina. Me gritó: «Ahora muero porque hablé; si no, tendría que morir porque podía hablar, pues ésa fué la suerte de José. Aun al morir me juró que era tan inocente como yo mismo. ¡Bien presentí entonces lo de hoy!»

HERODES

(Prorrumpiendo en gritos.) ¡José! ¿También él se venga? ¿Abrese la tierra? ¿Se alzan todos los muertos?

ALEJANDRA

¡Eso hacen!... ¡Pero no! ¡No temas nada! ¡Una hay que no saldrá de su tumba!

HERODES

¡Maldita! *(Se reprime.)* ¡Bueno! ¡Sea así! Pues si tampoco Soemo cometió contra mí mas que un único crimen... *(Vuélvese hacia* SALOMÉ), José, que le inspiró aquel ruin presentimiento, mintió hasta al morir, ¿no es eso? José... ¿Por qué callas ahora?

SALOMÉ

Seguía todos sus pasos...

ALEJANDRA

(A HERODES.) ¡Cierto! Pero seguramente sólo

para buscar la ocasión de ejecutar tu orden y matarnos a ella y a mí...

HERODES

¿Es verdad eso? *(A* SALOMÉ.) ¿Y tú? ¿Y tú?...

ALEJANDRA

Casi en el mismo instante en que acabó él de quitarse la careta, había jurado Mariene que se daría la muerte si tú no regresabas. No oculto que le cobré odio por ello.

HERODES

¡Es espantoso! Y eso..., eso, ¿me lo dices ahora?

ALEJANDRA

¡Sí!

TITO

También yo lo sé; fué la última palabra que me dijo; pero mil años la habría ocultado; sólo quería purificar su fama, no martirizarte.

HERODES

Entonces... *(Le falta la voz.)*

TITO

¡Domínate! ¡Me hiere a mí también!

HERODES

¡Es verdad! A ti... A ésa... *(Señalando a* SALOMÉ.) A todos los que como yo fueron aquí ciegos juguetes de la pérfida suerte; pero yo sólo soy el que perdí lo que no volverá a verse sobre la tierra en toda la eternidad. ¿Lo perdí? ¡Ay! ¡Ay!

ALEJANDRA

¡Ah Aristóbulo! ¡Estás vengado, hijo mío, y yo contigo!

HERODES

¿Cantas victoria? ¿Crees que caeré ahora? ¡No, no caeré! ¡Soy un rey y quiero hacérselo sentir al mundo! *(Hace un movimiento como si rompiera algo.)* ¡Arriba ahora, fariseos! ¡Sublevaos contra mí! *(A* SALOMÉ.) ¿Y tú? ¿Por qué te alejas ya de mí ahora? Aun no puedo poner otra cara; pero ya mañana puede ocurrir que mi propia madre tenga que jurar que yo no soy su hijo... *(Después de una pausa, con voz sorda.)* Si mi corona estuviera cubierta de todas las estrellas que relumbran en el cielo, aunque con ella imperara yo sobre todo el orbe terráqueo, diérala por Mariene. Sí; si con meterme en mi tumba vivo como estoy pudiera librarla a ella de la suya, lo haría; me sepultaría con mis propias manos. ¡Pero no puedo hacerlo! ¡Por eso permanezco en la vida y agarro firmemente lo que aún poseo! No es mucho; pero entre ello está una corona que debe ahora servirme en lugar

de esposa, y quien tienda la mano hacia ella... Hay quien lo hace; un niño lo hace; el Niño milagroso a quien han anunciado los profetas desde ha largo tiempo y cuya vida es iluminada por una estrella. Pero mucho te equivocaste, Destino, si al pisotearme con tus pies de bronce creíste allanarle a él su carrera: soy soldado, lucho hasta contra ti y te muerdo en el talón si me tienes derribado en tierra. *(Con violencia.)* ¡Joab! *(Acércase* JOAB.) *(Reprimiéndose.)* Baja a Belén y díle al capitán que allí gobierna que al Niño milagroso tiene que... Mas él no lo encontrará, no todos ven su estrella, y esos reyes son tan falsos como piadosos... Debe degollar en el acto a todos los niños nacidos en el último año: ni a uno solo puede dejar con vida.

JOAB

(Retirándose.) ¡Bien! *(Aparte.)* Ya sé por qué. Pero Moisés fué salvado a pesar de Faraón.

HERODES

(Con voz aún alta y fuerte.) ¡Ya lo veré mañana!... Hoy, a Mariene... *(Se desploma.)* ¡Tito! (TITO *lo sostiene.)*

FIN

INDICE

LIBROS DE AVENTURAS

de los mejores autores clásicos y modernos.

COLECCIÓN DE OBRAS DE ALTO VALOR LITERARIO Y EDUCATIVO PARA LOS MUCHACHOS, EDITADAS POR CALPE Y TRADUCIDAS CUIDADOSAMENTE DEL IDIOMA ORIGINAL

VOLUMENES PUBLICADOS

Los tramperos del Arkansas, por Gustavo Aimard. — Un tomo. Cuatro pesetas.
Aventuras del capitán Corcorán, por Alfredo Assollant. — Un tomo. Cuatro pesetas cincuenta céntimos.
El cazador de ciervos, por Fenimore Cooper. — Dos tomos. Cada uno cuatro pesetas.
Los tiradores de rifle, por Mayne Reid. — Un tomo. Cuatro pesetas.
La isla del tesoro, por Roberto L. Stevenson. — Un tomo. Cuatro pesetas.
De la Tierra a la Luna, por Julio Verne. — Un tomo. Tres pesetas cincuenta céntimos.
Los mercaderes de pieles, por Ballantyne. — Un tomo. Cinco pesetas.
Salvado del mar, por Kingston. — Un tomo. Cuatro pesetas.
La marina mercante, por Marryat. — Un tomo. Cinco pesetas.
El jinete sin cabeza, por Mayne Reid. — Dos tomos. Cada uno cinco pesetas.
Dos años al pie del mástil, por Dana. — Un tomo. Tres pesetas.
El último mohicano, por Fenimore Cooper. — Dos tomos. Cada uno tres pesetas.
Alrededor de la Luna, por Julio Verne. — Un tomo. Tres pesetas.
La isla de coral, por Ballantyne. — Un tomo. Tres pesetas cincuenta céntimos.
Robinsón Crusoe, por Defoe. — Dos tomos. Cada uno tres pesetas.
Aventuras de Román Kalbris, por Malot. — Un tomo. Tres pesetas.
Propiedad del Rey, por Marryat. — Dos tomos. Cada uno tres pesetas.
A lo largo del Amazonas, por Kingston. — Dos tomos. Cada uno tres pesetas.
El Robinsón suizo, por Wyss. — Un tomo. Cuatro pesetas.
Viajes de Gulliver, por Swif. — Un tomo. Tres pesetas.
El matador de leones, por Gérard. — Un tomo. Tres pesetas.
David Balfour, por Stevenson. — Un tomo. Tres pesetas.